

LOS RECOLECTORES

JUAN FELIPE MUÑOZ CHAVES

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2018**

LOS RECOLECTORES

JUAN FELIPE MUÑOZ CHAVES

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar al título
de Licenciado en Filosofía y Letras.

ASESOR:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2018**

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, febrero ____ de 2018



Por el cual se otorga la distinción de LAUREADO a un Trabajo de Grado.

EL CONSEJO DE FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS DE LA UNIVERSIDAD DE
 NARIÑO,

En uso de sus atribuciones legales y estatutarias y,

CONSIDERANDO:

Que mediante Acuerdo No. 332 del 1ro. de noviembre de 2005, el Consejo Académico Universitario, reglamentó y unificó los criterios y puntajes de la evaluación de los trabajos de grado de los diferentes programas de la Universidad de Nariño.

Que según el Acuerdo mencionado, es de competencia del Consejo de Facultad otorgar la distinción de LAUREADO o MERITORIO a los trabajos de grado, según corresponda.

Que mediante proposición No. 07 de Febrero 23 del año en curso, el Comité Curricular y de Investigaciones del Departamento de Humanidades y Filosofía, solicita se otorgue la distinción de LAUREADO al Trabajo de Grado titulado: "LOS RECOLECTORES" presentado por el estudiante JUAN FELIPE MUÑOZ CHÁVES, identificado con Cédula de ciudadanía No. 1.085.311.614 expedida en Pasto, del Programa de Humanidades y Filosofía, quien obtuvo 100 puntos, que corresponden a la calificación de LAUREADA, según acta de sustentación, de conformidad con los siguientes acápite:

A. CALIFICACIÓN DEL TRABAJO ESCRITO SOBRE 60 PUNTOS

Jairo Rodríguez R. – Manuel Martínez R.

	P. MÁX.	P. ASIG.	P. ASIG.	
1. Cumplimiento de Objetivos	10		10	10
2. Morfología general del trabajo	10		10	10
3. Pertinencia con la investigación pedagógico-educativa	10		10	10
4. Calidad y Propiedad del lenguaje utilizado, originalidad en el tratamiento o innovación en los recursos expresivos.	10		10	10
5. Manejo de recursos ilustrativos, técnicos, filosóficos o literarios	10		10	10
6. Riqueza significativa y sugerencias que ofrece el trabajo	10		10	10
		60 Puntos		60 Puntos
	PROMEDIO	60	PUNTOS	

B. SUSTENTACIÓN SOBRE 40 PUNTOS

Jairo Rodríguez R. – Manuel Martínez R.

	P. MÁX.	P. ASIG.	P. ASIG.
1. Dominio del tema	30	30	30
2. Presentación y exposición del trabajo	10	10	10
		40	40
	PROMEDIO	40	PUNTOS
	TOTAL	100	PUNTOS

Que en virtud de lo anterior,

ACUERDA:

ARTICULO PRIMERO: Otorgar la distinción de LAUREADO al Trabajo de Grado titulado: "LOS RECOLECTORES" presentado por el estudiante JUAN FELIPE MUÑOZ CHÁVES del Programa de Humanidades y Filosofía, quien obtuvo 100 puntos, que corresponden a la calificación de LAUREADA, según acta de sustentación.

Acuerdo No. 030 de marzo 12 de 2018, Por el cual se otorga la distinción de LAUREADO a un Trabajo de Grado.

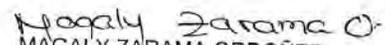
ARTICULO SEGUNDO: OCARA, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Humanidades y Filosofía, anotarán lo de su cargo.

COMUNIQUESE Y CUMPLASE.

Dado en San Juan de Pasto, a los 12 días del mes de Marzo de 2018.



MARIA ELENA ERASO CORAL
Presidenta



MAGALY ZARAMA ORDOÑEZ
Secretaria

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar sus agradecimientos:

A mi mamá, Alma Victoria, quien me leía cuentos antes de dormir y me inició en el mundo de las letras; por su cariño y apoyo constante.

Al profesor Gonzalo Jiménez Mahecha, por su paciencia y su ayuda clara y precisa para realizar este trabajo.

A María Fernanda Gomajoa y Paulo Muñoz, mis mejores amigos, quienes me enseñaron el mejor camino.

A Alba Gabriela Moreano, por sus bellísimas ilustraciones.

A mis hermanas, Ángela María y Sara Sofía, por su constante ayuda y motivación.

A la Universidad de Nariño, por abrirme sus puertas y permitirme acceder a una preparación personal y profesional.

Con cariño, para Ana Isabel Ortiz y Alma Victoria Chaves.

RESUMEN

El carácter marginal de la creación literaria, en la enseñanza de la lengua y la literatura, denotan las falencias educativas para la adecuada enseñanza de estas disciplinas. La superación de estas deficiencias presupone la puesta en escena de un modelo alternativo de enseñanza, que vinculse al estudiante con su entorno y lo hiciera partícipe del proceso educativo.

La escritura creativa permite, desde el ejercicio práctico, superar la falta de contacto con la lectura y la escritura, a la vez que sitúa al sujeto creador como un ser activo en el aprendizaje escolar y lo vincula con su entorno social y cultural. Así, el ejercicio de escribir intenta la apertura de nuevos horizontes para la enseñanza de la lengua y literatura, a la vez que busca que el sujeto creador se comunicara con su entorno a través de la interpretación de la realidad por medio de sus mundos posibles.

La enseñanza de la lengua y la literatura, a través de los ejercicios de escritura creativa, busca el aumento del bagaje cultural y espiritual de los pueblos, el fortalecimiento de los lazos de comunicación y el desarrollo, en el estudiante, de todo cuanto en él o ella hubiera de bello y creativo.

Este trabajo pretende contribuir a concientizar sobre la necesidad del fortalecimiento de la creación literaria para la adecuada enseñanza de la lengua y la literatura en los centros educativos de esta región.

Palabras claves: Creación, cultura, enseñanza, escritura, literatura, mundos posibles, relatos.

ABSTRACT

In the teaching of language and literature, the marginal nature of literary creation denotes the educational deficiencies for the proper teaching of these disciplines. The overcoming of these deficiencies presupposes the staging of an alternative teaching model, which links the student with his environment and what is part of the educational process.

From the practical exercise, the creative writing allows the overcoming of the lack of contact with the reading and the writing; at the same time, this type of writing places the creative subject as an active being in school learning and links him/her with their social and cultural environment. Thus, the writing exercise tries to open new horizons for the teaching of language and literature; at the same time, this exercise seeks for the creative subject to communicate with his surroundings through the interpretation of reality through his possible worlds.

Through the exercises of creative writing, the teaching of language and literature seeks to increase the cultural and spiritual baggage of the people, the strengthening of communication links; in the students, these exercises seek the development of everything that, in him/her, would be beautiful and creative.

This text aims to contribute to generate awareness about the need to strengthen literary creation oriented to the proper teaching of language and literature in schools in this region.

Keywords: Creation, culture, literature, possible worlds, stories, writing.

CONTENIDO

Pág.

CAPÍTULO 1.	
REFLEXIONES PREVIAS	13
1.1 EL LUGAR DE LA CREACIÓN LITERARIA EN LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA.....	13
1.2 CONSIDERACIONES SOBRE EL RELATO BREVE.....	18
1.3 LA ESCRITURA COMO EJERCICIO PEDAGÓGICO	23
1.4 DE LITERATURA SE APRENDE CON LECTURA Y ESCRITURA	23
1.5 IMPORTANCIA DE LOS EJERCICIOS DE CREACIÓN LITERARIA PARA LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN LAS INSTITUCIONES	25
CAPITULO 2.....	28
LOS RECOLECTORES	28
2.1 LA MUERTE DE ALBA Y LA MUERTE	29
2.2 EL TESTIGO INDISCRETO	32
2.3 LA FORMA DE LA ESPADA	34
2.4 EL MÁS MALO	36
2.5 EL DOMINGO DEL PRESIDENTE.....	39
2.6 LA GUERRA DE LOS CINCO DÍAS	41
2.7 EN NOMBRE DEL HIJO.....	43
2.8 LA MAÑANA AZUL DE LEOPOLDO	45
2.9 RÉQUIEM	48
2.10 EL HOMBRE DE LA ESQUINA NARANJA.....	50
2.11 EL RUBOR EN SUS MEJILLAS	52
2.12 LA PROMESA ROTA.....	54
2.13 CONFESIÓN HALLADA EN LA MESA DE LOS LIRIOS	57
2.14 LA HISTORIA DE MADAME LE PETITE Y EL INMORTAL BLANCO QUEVEDO	59
2.15 LAS MISAS DE LA POBREZA	63
2.16 EL OLOR DE LA GUAYABA	65
2.17 SAQUIANGA	68
2.18 LAS MEJILLAS ROJAS DE SAR-AH, LA FALSA PROFETISA DEL SOL	71
2.19 EL ENEMIGO SECRETO.....	74
2.20 LA VINDICACIÓN DE CAÍN.....	77
2.21 LOS RECOLECTORES	79
BIBLIOGRAFÍA	82

LISTA DE FIGURAS

Pág.

Figura 1. La muerte llama.....	30
Figura 2. El más malo.....	37
Figura 3. Mañana azul.....	46
Figura 4. Rostros de la historia.....	60
Figura 5. La hija del sol.....	72
Figura 6. La espera.....	80

CAPÍTULO 1. REFLEXIONES PREVIAS

Este trabajo parte de la necesidad de reconocer a la creación literaria como un principio que dinamiza los procesos de enseñanza y aprendizaje de la lengua y la literatura. En seguida, se plantean algunas ideas sobre el carácter marginal de la creación literaria en la educación en las letras, con el objetivo de que se tomara conciencia sobre la utilidad de la escritura para un desarrollo integral de este tipo de aprendizaje.

1.1 EL LUGAR DE LA CREACIÓN LITERARIA EN LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

El reconocimiento del papel de la escritura para el desarrollo cultural y espiritual de la humanidad es un hecho que debe generar una constante inquietud en los docentes de letras. No resulta trivial el papel que han jugado la escritura o la creación literaria¹ en los cambios sociales, culturales y epistémicos. Por lo tanto, el reconocimiento de la escritura como un hecho sustancial para la interpretación y la reinterpretación de la realidad humana debe ocupar un lugar especial en el pensamiento sobre la esencia y la misión del docente de letras. Y el reconocimiento de la creación literaria como un ejercicio pedagógico, que vincula al estudiante como sujeto comunicativo con su entorno social, obliga a pensar en nuevas estrategias para que el objeto de estudio de lo literario se centrara en el desarrollo cultural y espiritual de la región.

Pero se asiste a un problema, consistente en un poco o casi nulo apoyo a la creatividad de los estudiantes, como consecuencia del desarrollo inicial de los ejercicios de creación literaria en las instituciones educativas de la región. Se ha creído que la formación de los docentes de letras proviene de la asimilación de la teoría literaria y pedagógica y de la práctica docente. Sin duda importantes y complementarias, estas dos relaciones no bastan para la completa y adecuada formación del docente de letras. Como efecto colateral, un docente educado con estas premisas reproduce los mismos cánones y las mismas formas en la enseñanza del lenguaje y la literatura. Julio Cortázar sostenía que al maestro le corresponde la labor de instruir, de educar y de darles alas a las aspiraciones iniciales en toda conciencia que surge y, además, *construir al descubrir* los medios que conducen a la difusión de una cultura para, en el espíritu y la conciencia del niño, conformar el panorama necesario para capacitar a su ser social. Pero resulta algo común que el maestro fracasara cuando su labor se torna rutinaria y adopta la premisa del “maestro correcto”, como si se

¹ Se entiende la creación literaria como la realización de algo a partir de las propias capacidades. Sneider Saavedra reconoce a la creación literaria como la producción de un texto distintivo por su carácter estético, articulado a esferas sociales, afectivas y culturales, que se convierte, desde la experimentación que permite realizar con el lenguaje, en un laboratorio creativo para la apropiación lingüística, pero, ante todo, para la formación humana. Sneider Saavedra. La creación literaria en el ámbito educativo: de la estructura superficial a la construcción narrativa de la realidad. [*Lenguaje* 39 (2011):395-417]. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/leng/v39n2/v39n2a05.pdf>

tratará de una pieza de relojería, que enseña solo lo que los programas le exigen.² Es necesario emprender una reflexión sobre esta realidad y asumir una posición de autocrítica como docentes de letras y que este ejercicio lleve a pensar en nuevas formas de adelantar la faena de educar en lenguaje y literatura.

Como se ha adelantado en Colombia y en el Departamento de Nariño, la enseñanza de la literatura muestra una variedad de puntos de vista, propósitos y teorías que operan en las diversas concepciones del ejercicio literario; de igual forma, no existe un consenso sobre cómo se debe enseñar y qué didáctica de la literatura se debe emplear para el desarrollo adecuado de las competencias literarias en un salón de clases. Por lo general, el docente se capacita para la enseñanza de la literatura y los métodos didácticos que mejor se disponen para el desempeño del ejercicio formativo. Como consecuencia, según Alirio Sneider Saavedra, la educación literaria se ha convertido en una multitud de posibilidades, debido a la diversidad de métodos que utiliza el docente.³ La historia de la literatura, el contenido literario, los análisis formales y estructurales, los estudios sobre la intertextualidad literaria, sobre la comprensión lectora, etc., operan con un amplio conjunto de métodos y de enfoques que los docentes utilizan para la enseñanza de la lengua y la literatura. Los posibles acuerdos sobre la didáctica de la literatura y su importancia operan solo para el desarrollo de aptitudes lingüísticas de los estudiantes; Sneider Saavedra identifica una serie de perspectivas y de enfoques sobre el hecho literario que se han venido manejando en la educación literaria del país y que resume en:

a) la literatura como instrumento a través del cual se afianzan y potencian técnicamente la comprensión y la producción textuales (sin diferenciarla de otros tipos de texto); b) como medio para la ejemplificación y las adecuaciones lingüísticas, dentro de las cuales se involucra la corrección ortográfica y morfosintáctica del mismo modo que la aprehensión de léxico; c) como texto en el que se demuestran saberes aprendidos de otras disciplinas del ámbito escolar; d) como actividad de ocio, especialmente en su recepción, y que redunde en prácticas de animación a la lectura; e) como producto cultural e histórico que, desde el reconocimiento de su corriente artística e influencias contextuales, se convierte en un documento en el que se constata la historia de la literatura; hasta llegar a las propuestas que, en la comprensión de su carácter artístico, o bien f) indagan por su *literariedad*, ligada especialmente al goce estético en su recepción o, en casos aislados del currículo oficial, g) reconocen las implicaciones de la creatividad en los procesos de escritura literaria como construcción estética, al mismo tiempo que las dificultades para su definición y tratamiento didáctico.⁴

Estas concepciones muestran una amplia variedad de los puntos de vista que se tiene sobre el hecho literario y, por tanto, las contradicciones de su enseñanza, pero estas propuestas metodológicas difícilmente concluyen en unos procesos de creación literaria.⁵ La enseñanza

² Julio Cortázar. *Papeles inesperados*. Madrid: Santillana, 2010. p. 162.

³ Sneider Saavedra. La creación literaria en el ámbito educativo: de la estructura superficial a la construcción narrativa de la realidad. [*Lenguaje* 39 (2011):395-417]. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/leng/v39n2/v39n2a05.pdf>. p. 396

⁴ *Ibíd.*, p. 396.

⁵ *Ibíd.*, p. 397.

del lenguaje y la literatura se han manejado desde los diversos enfoques epistemológicos antes señalados, pero, en la actual enseñanza de la literatura, la creación literaria se la ha reducido a un espacio de menor importancia.

La creación literaria se concibe como un accesorio o un complemento en el aula de clase, con el propósito de corregir los errores gramaticales, de sintaxis o de ortografía de los estudiantes; más aún, la concepción que se tiene sobre la escritura toma a la literatura como un ejemplo de la escritura correcta, que se expone como modelo que los estudiantes deberían seguir;⁶ esta forma de pensar mantiene el carácter homogéneo e invariable de los estilos de escritura, mantiene un carácter conservador en el uso del lenguaje y no permite que se crearan y recrearan formas de lenguaje y contextos, puesto que se imponen los modelos estándar de una escritura correcta. Este desdén respecto al carácter educativo de la creación literaria no ha permitido que se atendiera a las implicaciones pedagógicas de su utilización en el salón de clases. Como consecuencia, se ha dejado a un lado la creatividad del estudiante y su participación activa en los procesos de aprendizaje y el docente ha dedicado su profesión a la descripción de los elementos teóricos, fonológicos, semánticos etc., que se contemplan en el currículo escolar. Como una pieza de relojería, la figura del docente, que ilustra Cortázar, es una consecuencia de la reproducción mecánica de los contenidos curriculares establecidos y que el docente sigue paso a paso.

Para superar las contradicciones pedagógicas de la enseñanza de la literatura y los antiguos esquemas de la didáctica de la literatura, un modelo de aprendizaje que se preocupara por la participación activa del estudiante debe situar el lugar de la creación en la educación literaria. En la escritura, el sujeto crea su mundo e interpreta las representaciones de lo real con elementos simbólicos. La escritura creativa promueve que los estudiantes interpretaran sus mundos personales y reinterpretaran sus contextos; les permite la creación de nuevas formas de discurso a través del tratamiento escrito de la palabra; así, se le permite su participación activa en el campo de la enseñanza de la lengua y la literatura. Cuando Umberto Eco habla sobre “modelos de mundo” y sobre “mundos posibles”⁷ que se crean, o recrean, a través del tratamiento del lenguaje, se halla el papel del escritor como un sujeto de diálogo que, a través de la interpretación de su realidad, expresa los diferentes mundos posibles que concibe en su imaginario. La relación del sujeto creativo con el texto literario es el motor que favorece el aprendizaje de la literatura a través del apoyo a la escritura creativa.

En este escenario, se forjan otros componentes igual de importantes; Alejandra Aventin sostiene que el texto literario crea mundos posibles, que se instituyen como construcciones

⁶ *Ibíd.*, p. 399.

⁷ Umberto Eco. Autor y lector modelo, en: Enric Sullà Álvarez (coord.). *Teoría de la novela: Antología de textos del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2001, p. 242.

culturales.⁸ La relación del estudiante que escribe con su contexto social y cultural no solo permite conocer y asimilar la cultura, sino su interpretación y variabilidad; Sneider Saavedra dice que no existe un mundo inicial para construir la realidad; lo real se construye cuando se toman en cuenta los mundos que crean otros sujetos; es decir, la escritura creativa parte del reconocimiento de la intertextualidad literaria y de la vinculación del escritor con su entorno.

Si la creación literaria se ha reducido respecto a otras funciones del hecho literario ya que los educadores y las instituciones no le reconocen su importancia, el estudioso del lenguaje, la literatura y la pedagogía se debe inquietar por el lugar que ocupa la creación en la educación literaria. Por necesidad, darle un lugar a la creación literaria implica el reconocimiento del lenguaje como mecanismo que dinamiza los procesos de lectura y escritura creativa. En la actualidad, los problemas relacionados con la enseñanza de la literatura y del lenguaje no solo se limitan a sus vínculos con el saber, sino, en un aspecto más amplio, a los que se relacionan con la comunicación. Aquí existe un giro en torno a la enseñanza de la literatura; no se trata solo de enseñar para saber; la comunicación interna y la externa representan un papel más importante en los cambios educativos y, para una formación en la comunicación a partir de la literatura, se requiere una nueva forma de enseñar el lenguaje.

Moreno y Carvajal sostienen que este cambio replantea la visión estratégica que distinguía a la didáctica de la lengua y, en su lugar, ubica a una pedagogía del lenguaje. La intención consiste en llevar a crear una forma de enseñar la literatura en su relación con las dinámicas de la comunicación y el lenguaje, para lo cual el mecanismo que más dinamiza es el ejercicio de escritura creativa o creación literaria; según Moreno y Carvajal:

En este cambio la inferencia ocupa un lugar primordial, pues propone superar la idea de la lectura como alfabetización o decodificación; en especial, por la participación del sujeto en la construcción del sentido del texto *mediante la apropiación discursiva de la palabra escrita*. La producción de sentido del texto se convierte en *un mapa* que el lector debe recorrer con la ayuda de algunas estrategias de lectura que lo lleven a tal producción.⁹

Esta estrategia busca darle el lugar que le corresponde a la creación en la educación literaria y, además, la formación de unos estudiantes activos en la innovación y en la investigación literaria. Este componente creativo fortalece las habilidades comunicativas internas y externas, ya que:

⁸ Alejandra Aventín Fontana. El texto literario y la construcción de la competencia literaria en E/LE. Un enfoque interdisciplinario. [*Espéculo* 29 (2005)]. Recuperado de: <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero29/textele.html>. p. 1

⁹ Mónica Moreno Torres y Edwin Carvajal Córdoba. La didáctica de la literatura en Colombia: un caleidoscopio en construcción. [*Pedagogía y saberes* 33 (2010):99-109]. Recuperado de: <http://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/PYS/article/viewFile/758/732>, p. 100.

Adquirir estas estrategias significa apropiarse de proyectos y trayectos de lectura. El proyecto, como exploración y construcción de sentido, lo lleva a moverse entre lo lógico y lo analógico, lo azuza a interrogar el texto para tener un dominio sobre el juego conjetural que lo acerca a la interpretación, y esta última lo motiva a la producción de su propio texto. De esta manera, el sujeto establece un pacto enunciativo con el discurso leído y el leído por otros; éste y aquél se convierten en partícipes del juego intersemiótico y en sujetos dialogantes.¹⁰

Desde la perspectiva que le da a la creación literaria el carácter dinamizador de los procesos de enseñanza y apropiación del lenguaje literario, para desarrollar el aprendizaje, según Moreno y Carvajal, el profesor debe impulsar una práctica pedagógica en la que el predominio de la palabra cediera su lugar a la creación.¹¹ Entonces, se trata de incentivar la creatividad del estudiante mediante la interacción de lectura, la apropiación de contenido y los contextos, con la escritura; el objetivo es el desarrollo de un papel activo del estudiante en el aprendizaje de la lengua y la literatura.

La creación literaria constituye un componente transversal y básico en el proceso de la educación en literatura y corresponde, también, sintetizar qué tipo de escritura creativa es más adecuado desarrollar en el aula de clases para la formación de los estudiantes. Según Joaquín Aguirre, en los últimos años se ha producido un interés general por los cuentos, pese a que se ha creído que los cuentos son menores a las novelas, por lo que él denomina “el prestigio de lo grande frente a lo pequeño”;¹² los cuentos tienen el mérito particular de proceder de una tradición de cultura universal, oral y popular y, además, el cuento se lo valora porque ha concretado el pensamiento popular que se ha legado históricamente. Por eso, para Aguirre:

Los cuentos de los Grimm no son *de los Grimm*; ni los cuentos de Andersen *de Andersen*; no les pertenecen. Ellos son los recopiladores de unas narraciones que se han gestado durante siglos. Estos fijadores de la tradición materializan las narraciones que circulan en sus pueblos. El cuento está, en este sentido, vinculado directamente con el pueblo. Y el público-pueblo ama los relatos. Se han criado entre cuentos, los han escuchado en su infancia y se los han contado a sus hijos.¹³

En este sentido, el cuento, o el relato, tiene una profunda hondura pedagógica y una potencialidad para comunicar, debido a que su lectura sintetiza algunos de los imaginarios sociales que se han desarrollado a través del tiempo; el estudiante recopila la cultura universal, las percepciones de los pueblos en las distintas épocas y la propia tradición cultural, a la vez que escribe sus percepciones e interpretaciones de la realidad. No solo se materializa un diálogo con el pasado y con la tradición; también, se origina un diálogo interno a través de la reflexión y la interiorización de las propias percepciones. Aguirre

¹⁰ *Ibíd.* P. 100

¹¹ *Ibíd.* p. 103.

¹² Joaquín Aguirre Romero. Por qué, cómo y para qué: una (breve, modesta y particular) Teoría General del Cuento. [*Espéculo* 25 (2003)]. Recuperado de: <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero25/tcuento.html>. p.1

¹³ *Ibíd.* p. 2

sostiene que el cuento es un vehículo para introducir ideas, en el que, además, es muy importante la función pedagógica;¹⁴ se vincula el lector y el vehículo y, a la vez, el lector llega a producir significados, con la posibilidad de generar sus propias interpretaciones y desarrollar nuevas lecturas creativas. El lector tiene la capacidad de ser un nuevo “conductor del vehículo de introducción de ideas”; por eso, como sostienen Moreno y Carvajal, la escritura convierte al lector en copartícipe del pacto de enunciación: es un explorador interesado en la ampliación del significado y el sentido del texto; en resumen, lo motiva a producir un nuevo texto, a partir de lo “ajeno”.¹⁵

En conclusión, el fortalecimiento y el apoyo a la creación literaria en las instituciones académicas, a través del relato como eje central de escritura creativa, puede resultar un elemento dinamizador de los procesos de enseñanza y de profundización de los conceptos más importantes de la literatura y la lengua castellana; se debe concebir como un ejercicio pedagógico que privilegiase las percepciones propias del estudiante sobre su realidad y las convirtiera en un acto comunicativo.

1.2 CONSIDERACIONES SOBRE EL RELATO BREVE

Roland Barthes señalaba que todo puede ser relato: la imagen fija o móvil, el lenguaje oral o el escrito, el gesto, etc. El relato se halla presente en el mito, en el cuadro pintado, en el cine, en las noticias policiales, en las conversaciones, etc.; además, se presenta en todos los tiempos, lugares y sociedades. No hay ningún pueblo sin relatos. Todos los grupos humanos tienen sus relatos.¹⁶ Este pensamiento le da un lugar al relato en la construcción narrativa de la sociedad; lo sitúa como un hecho eminentemente comunicativo y como núcleo de las construcciones culturales. Joaquín Aguirre complementa esta forma de pensar cuando explica los vínculos del relato con el desarrollo cultural; según él, los relatos se ligan muy de cerca con el pensamiento popular que ha legado el devenir histórico; en los relatos, el pueblo es, a la vez, autor y lector, destinador y destinatario;¹⁷ su lugar está, pues, en el diario vivir de las sociedades, de los pueblos y las culturas; todo lo que comunica algo es, o puede ser, un relato.

Este hecho explica por qué la crítica literaria se ha inquietado por el relato, el cuento corto o la *short story* y les ha reconocido un lugar en las composiciones narrativas. Se ha caído en cuenta que la falsa disyuntiva de lo grande frente a lo pequeño es una falsa disyuntiva. El valor del escritor ya no se estipula a través de la capacidad para crear textos en los que

¹⁴ *Ibíd.* p. 3.

¹⁵ Moreno, Torres y Carvajal, Córdoba. La didáctica de la literatura en Colombia: un caleidoscopio en construcción. p. 100.

¹⁶ Roland, Barthes. *Introducción al análisis estructural de los relatos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1997. p. 9.

¹⁷ Aguirre Romero, Por qué, cómo y para qué: una (breve, modesta y particular) Teoría General del Cuento. Madrid: Universidad Complutense/Facultad de Ciencias de la información, 2003. p.2

podiera incluir el mundo, como en un tiempo separaba a las composiciones extensas, como la novela, de las más pequeñas, como los cuentos. En un relato, es posible condensar el mundo y, más aún, decir lo que se pudiera decir, con una utilización mínima de lenguaje. Los cuentos son materializaciones discursivas de las tradiciones orales, que han permanecido en forma narrativa con los seres humanos a lo largo de la historia¹⁸ y, en esta coexistencia de narración y sociedad, se ha cultivado la cultura como una forma de ver el mundo. Así, el lugar del relato se sitúa en el núcleo de las concepciones culturales que se ha heredado históricamente y se ha sometidas a variaciones, según la conciencia de los escritores y los lectores.

Esta relación ha distanciado al cuento de la novela; se considera que la literatura es vehículo que difunde ideas, como señalaba Tzvetan Todorov; la literatura es un elemento para introducir ideas en los pueblos; revela elementos de la sociedad y de la humanidad, al ser un acto que se orienta hacia la comprensión del mundo. No obstante, en la posmodernidad, el relato se ha constituido como un elemento práctico para que las ideas llegasen a un mayor número de personas. El cuento se ha configurado como una “opción comunicativa”,¹⁹ pero no se considera que el relato debiera concebirse como una estrategia de difusión, sino esta opción comunicativa es un efecto apropiado a su existencia. Todos han leído y aman los cuentos; desde niños se oyen narraciones breves y cuentos como una forma de divulgar y esclarecer los valores, el mundo, los peligros y las eventualidades. Julio Cortázar señalaba que el gran cuento breve es una presencia que se establece desde las primeras frases para que el lector se fascinara y perdiera el contacto con la realidad que lo rodea.²⁰ Este efecto ha producido que se estuviera muy vinculados a las narraciones breves y se las aceptara; por eso, el relato ha tenido cada vez mayor presencia en el propio imaginario y se ha reconocido implícita o explícitamente su unidad e importancia en la espiritualidad de los pueblos y los actos de comunicación.

Además, el relato tiene sus particularidades, que lo apartan de otros tipos de escritura o géneros narrativos; su mérito principal es el limitado uso del lenguaje. Como si se tratara de una sentencia, Juan Rulfo señaló que el cuento era más importante que la novela, debido a que había que concentrarse en unas cuantas páginas para decir muchas cosas.²¹ Algo parecido planteó Antón Chejov cuando argumentaba que el arte de escribir consistía en decir mucho con pocas palabras.²² En resumen, el relato plantea el desafío de condensar la realidad con el mínimo uso del lenguaje, al adoptar unas estructuras breves y concisas que

¹⁸ *Ibíd.* p.2.

¹⁹ *Ibíd.* p.3.

²⁰ Julio Cortázar. Del cuento breve y sus alrededores. Recuperado de: <http://ciudadseva.com/texto/del-cuento-breve-y-sus-alrededores/>. p.1

²¹ Juan Rulfo. El desafío de la creación. Recuperado de: <http://ciudadseva.com/texto/el-desafio-de-la-creacion/>. p.1

²² Melanie Rostock. 6 claves según Chéjov para escribir una buena historia. Recuperado de: <http://uncamino-deletras.blogspot.com/2012/09/6-claves-segun-chejov-para-escribir-una.html>. p.1

revelan la cotidianidad de las sociedades, el bagaje cultural adquirido a lo largo de la historia y las expresiones de la espiritualidad de los pueblos. Como señala Joaquín Aguirre, se puede describir la vida desde unidades manejables, lejos de las grandes explicaciones.²³

La relación del relato con la cultura implica, a través del lenguaje, una honda complejidad comunicativa. Roland Barthes señalaba que el lenguaje acompaña de continuo al discurso,²⁴ al manejarse este discurso desde estructuras breves. La multiplicidad de discursos que manejan los escritos literarios, y que han estado presentes en las narraciones breves, ha contribuido a darle vida al relato como un elemento activo y en movimiento. El relato ha surgido como una forma de interpretar y reinterpretar la realidad a través de las múltiples formas del lenguaje y la variedad en los discursos. Según Barthes, en este juego de interpretaciones existe un dador del relato (escritor) y un destinatario (lector);²⁵ es decir, existe un acto comunicativo entre quien interpreta, crea y escribe y quien analiza, recibe y lee el relato. Esta relación crea, mantiene o destruye unos imaginarios culturales, sociales, políticos, etc., eleva el nivel cultural del pueblo, impulsa nuevas formas de ver y de sentir el mundo; en fin, comunica algo, sea cual fuera el discurso. Por eso, no es de extrañar que muchos autores se hubieran preocupado por dar consejos a los nuevos escritores: Horacio Quiroga, con el decálogo del perfecto cuentista; Augusto Monterroso; Las 6 claves de Antón Chéjov para escribir una buena historia; los 16 consejos para escribir de Jorge Luis Borges; incluso, los diez mandamientos para escribir con estilo de Nietzsche: todos ellos giran en torno a la necesidad de capacitar nuevos y buenos escritores para el reto de comunicar desde la literatura.

Por ello, en la construcción del relato no existe nada aleatorio, todo corresponde al nivel comunicativo que denota el carácter creativo del escritor y lo vincula con la comunidad mediante la comunicación implícita con el lector, en el espacio de la escritura. Para Barthes, la narración solo recibe su sentido del mundo que la utiliza.²⁶ Más allá del nivel de la narración está el mundo que refiere otros sistemas (sociales, económicos, psicológicos, ideológicos).²⁷ El narrador se refiere a su mundo, a cómo lo interpreta y siente; entonces, los términos ya no solo se quedan en el relato, sino pertenecen a otras sustancias, como los hechos históricos, las determinaciones, los comportamientos, los sentimientos, etc.²⁸

En el fondo, en este *mundo del referir* está *una cultura*, que implica *una forma de ver el mundo*; el relato constituye un mecanismo de regulación cultural y es, pues, un vehículo de

²³ *Ibíd.* p.1

²⁴ Barthes, *Introducción al análisis estructural del relato*.

²⁵ *Ibíd.*, p. 30.

²⁶ *Ibíd.*, p. 35.

²⁷ *Ibíd.*, p. 36.

²⁸ *Ibíd.* 36

introducción de ideas en el pueblo.²⁹ El relato desafía al mundo por su universalidad, por eso Barthes, entre otros estudiosos, se preocuparon por darle un lugar dentro de las construcciones narrativas de la sociedad. Guadalupe Arbona, en un análisis sobre la teoría del relato, encuentra en el *acontecimiento* la unidad mínima del relato, que es su raíz y le da su razón de ser; para Arbona, el acontecimiento es la categoría textual o el elemento que permite que la historia funcionase en el relato contemporáneo; el acontecimiento es una acción totalmente inesperada y creíble.³⁰ Este término encierra el carácter ficcional y de verosimilitud que debe adquirir el relato para ser relato; o sea, el relato se da entre la relación de ficción-mentira y realidad-verdad.

La segunda relación que condensa el concepto de acontecimiento surge entre el proceso de escritura y el proceso de lectura. Un escritor, dice Arbona, que cita a Jiménez Lozano, es una persona convertida en tal por lo que le sucede y se le da; quien escribe es producto de sus circunstancias particulares;³¹ el escritor toma el mundo propio o ajeno y lo convierte, a través del ejercicio de su interiorización, en un mundo o en una experiencia totalmente nueva y esta adquisición la convierte en historia. La creación propia, como descubrimiento de nuevas experiencias o nuevos mundos, es lo que se denomina acontecimiento. Y este descubrimiento otorgado al lector y susceptible de interpretaciones y significados es un acontecimiento para el lector. Hay una relación dialéctica entre quien escribe y quien lee.

El comienzo de la escritura es un acontecimiento para el mismo autor que, sorprendido mientras escribe o cuenta, logra generar un “lazo de simpatía” con el lector, siguiendo el término de Poe, intentando, además, aliviar la soledad comunicativa que se produce en la trasmisión moderna del cuento.³²

Alguien que escribe ofrece la exploración de distintos mundos o distintas experiencias, que revela *el otro lado de la realidad*; es decir, aquella que no pertenece a todos, sino a algunos sujetos; esa realidad que surge desde las percepciones la ofrece el escritor.

Un escritor es aquella persona que es convertida en tal por lo que le sucede, por lo que se le regala y por lo que se le da... quien escribe es producto de sus circunstancias personales, en primer lugar; y no me refiero exclusiva ni preferentemente a las bibliográficas y de tipo material, sino a la cultural que ha recibido, a la que ha llegado de la fundante experiencia de la lectura, en conversación con otras lecturas de otros tiempos.³³

Estas experiencias y visiones del mundo desembocan en formas literarias que, al atender a la visión del mundo que tienen los autores, condensan la fuerza de la narración en el acontecimiento, que es, como se ha venido planteando, el elemento superior de la

²⁹ Aguirre Romero, Por qué, cómo y para qué: una (breve, modesta y particular) Teoría General del Cuento. Madrid: Universidad Complutense/Facultad de Ciencias de la información, 2003. p.3

³⁰ Guadalupe Arbona Abascal. En torno a una teoría del relato: Flannery O'Connor y José Jiménez Lozano, en: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero31/teorelat.html>. p. 3.

³¹ *Ibid.*, p. 3

³² *Ibid.*, p. 4

³³ *Ibid.*, p. 5

narración.³⁴ El ejercicio de escritura es, pues, la síntesis de un cúmulo de experiencias, de mundos aprendidos y de la percepción de la realidad del autor y, en este proceso de creación, se configuran el sentir de los personajes, su relación espacio-temporal y los discursos. Mediante estas características, la comunicación entre escritor y lector aviva elementos simbólicos y lazos de simpatía, puesto que el lector, así como el escritor, se identifican con los elementos sentimentales y simbólicos de la narración, asumen la lucha de los personajes, la realidad del ambiente y el poder envolvente del discurso.

El acontecimiento es la acción o el suceso que detona una experiencia emocional; es la parte del relato donde se revela la visión del mundo del autor sobre determinado tema y produce la resolución final de los personajes, el ambiente y el discurso. Como efecto para el lector, el acontecimiento logra generar una experiencia de cualquier tipo: reveladora, sentimental, intelectual, etc.

El acontecimiento sucede en un instante de tiempo del relato de manera inesperada y puede percibirse su carácter de revelación. En este sentido está dirigido a procurar una experiencia de significado que solicita al lector, es decir, extiende su fuerza hacia fuera del texto literario. Una sollicitación que ya no es como el relato tradicional, aleccionadora o que concluye con una moraleja, sino provocadora de una experiencia: de miedo, de tristeza, de esperanza, de dolor, de misericordia, de fracaso, de gracia o de juicio... y tantas otras.³⁵

A raíz del acontecimiento se organiza el resto de elementos de la narración: la historia, el discurso, los personajes, el tiempo y el espacio; todos estos elementos se unifican en torno al acontecimiento para proveer de significado a la narración. Entonces, ese acontecimiento es la raíz del relato, donde el escritor construye una narración en función de un hecho o suceso. La fuerza del texto como acontecimiento le confiere un carácter universal, con el que puede identificarse el lector.³⁶

El texto adquiere su carácter universal cuando lo contado se torna contemporáneo para el lector;³⁷ la fuerza del texto reside en la emisión del discurso con caracteres nuevos y sorprendentes para atraer al lector. Para ello, el texto debe tener originalidad, debe lograr que llegaran a surgir las fantasías humanas, las pasiones y los temores en el corazón de los lectores o, también, dar luz a sentimientos e ideas de carácter universal.

Las características del relato, desde las que se ha trabajado, permiten ver la complejidad pedagógica de su escritura. Los elementos del relato no son solo su brevedad y capacidad de manejar desde unidades pequeñas, elementos universales; también, desde el ejercicio de escritura de relatos se puede ahondar en la espiritualidad de los escritores y lectores, reconocer el mundo y la experiencia como potencialidad de comunicación, reconocer la

³⁴ *Ibid.*, p. 7

³⁵ *Ibid.*, p. 7.

³⁶ *Ibid.*, p. 8.

³⁷ *Ibid.*, p. 11.

cultura de los pueblos, transformarla y llevar a nuevos horizontes la creatividad del discurso.

1.3 LA ESCRITURA COMO EJERCICIO PEDAGÓGICO

La formación tradicional en lengua y la literatura prefiere a un estudiante que supiera leer y escribir, aunque no interiorizara lo que lee y aunque no tuviera nada escrito. Como dice Sneider Savedra, prima lo formal en perjuicio del sentido.³⁸ La enseñanza tradicional de la literatura poco se preocupa por la participación del estudiante en la construcción del sentido en la realidad literaria; por el contrario, se lo limita a que conociera los elementos y momentos más importantes de la literatura y su correspondiente memorización a través de pruebas orales o escritas. La escuela no debe conformarse con la difusión del conocimiento literario y cultural a través de la Historia de la Literatura como mecanismo para las prácticas de lectura y como taller de escritura el comentario del texto; superar estas contradicciones en la enseñanza de la literatura supone pensar en un modelo en el que la participación activa del estudiante dentro del proceso educativo fuera el elemento principal.

1.4 DE LITERATURA SE APRENDE CON LECTURA Y ESCRITURA

Ya se ha planteado que la creación literaria es un proceso educativo que ubica al estudiante en su contexto social y cultural, lo hace partícipe en la construcción del sentido de su mundo y de los mundos posibles y le permite conocer y crear nuevos discursos. Por su carácter estético ligado a esferas sociales, culturales, psicológicas, históricas, psicológicas y emotivas, la creación literaria, desde la experimentación que permite realizar con el lenguaje, se convierte en el laboratorio creativo para la apropiación lingüística.³⁹

En este laboratorio para el aprendizaje de la lengua y la literatura, las condiciones necesarias para realizar un buen proceso educativo, que llevase a comprender los elementos más importantes de la literatura y desarrollase en el estudiante su ser literario, son un adecuado ejercicio de lectura y escritura.

La literatura es una forma de arte con finalidad estética, pero, además, según la concepción de Todorov, es un medio para tomar posición ante los valores de la sociedad; además, se la puede entender como un acto para la comprensión del mundo, puesto que se liga a la cultura y al alma de los pueblos como expresión de la belleza a través de la palabra escrita y hablada.

Estos elementos característicos de la literatura, que se podrían resumir en el arte y la universalidad, revelan la importancia de su enseñanza para cimentar en la conciencia de los

³⁸ Saavedra, La creación literaria en el ámbito educativo. org.co/pdf/leng/v39n2/v39n2a05.pdf. p. 403

³⁹ *Ibid.*, p. 404.

estudiantes su ser espiritual y cultural. En la enseñanza de la literatura, el elemento artístico a través de la lectura y escritura se da en tanto el estudiante a través del ejercicio creativo reconoce las realidades circundantes e interioriza el entorno para crear y recibir sentidos y discursos. El elemento universal se da en tanto, con las lecturas de otras sociedades o regiones a través del tiempo, conoce los elementos simbólicos donde se forja una cultura universal. En tanto lector, estudiante que realizara ejercicios de lectura y escritura con fines creadores tendrá la experiencia de otros textos; como escritor, será participe de la creación del sentido de la realidad cultural universal.

En consecuencia, la lectura y la escritura son procesos de construcción de sentido, donde el lector y el escritor participan en el mundo de la cultura. En la literatura, tanto en su creación como en su recepción, se presenta la creación de múltiples significados por parte de los sujetos que interactúan y construyen el texto. No debe separarse la lectura de la escritura como diferenciación, en tanto lectura es sinónimo de recepción y escritura de creación. En la lectura, el lector construye y crea significados; está activo en la construcción del sentido y la realidad del texto; en la escritura, el escritor recibe los elementos de la cultura, de la realidad circundante y de otras lecturas que han ido formando su ser literario a lo largo del tiempo. Al mismo tiempo, lectura y escritura son creación y recepción.

Para ilustrarlo, se debe considerar que todo escritor es un lector de la realidad, constituida por las percepciones del sujeto sobre la cultura, la sociedad, la vida, el amor, la muerte, etc.; estas percepciones configuran la realidad personal y crean los mundos posibles. A través del ejercicio creativo de lectura y escritura se expresan las múltiples realidades que fomentan la interpretación de los lectores. En tanto no se pudiera aprender la realidad interior y exterior y, en consecuencia, describir el mundo circundante, tampoco se va a poder establecer un mundo alternativo completo; es decir, primero debe existir un proceso de lectura y sensibilización sobre la cultura y la realidad circundante.

Con estas premisas se puede entender que el lector es alguien que participa en la construcción y significado del texto que, como señalaba Barthes, es todo lo que rodea al sujeto; es decir, lector no solo es el que lee obras, sino también el que lee el mundo.

Para Alejandra Aventín, incentivar la destreza lectora confluye en un más eficiente proceso de confrontación con la estructura simbólica del texto y de la realidad.⁴⁰ En este sentido, la lectura es un proceso estratégico para sensibilizar al estudiante sobre el mundo que lo rodea y hacerle caer en cuenta de la posibilidad de “estetizar” la realidad. El desafío consiste en llevar a que el estudiante reestructurara el texto y que tomara al mundo como texto. Por lo tanto, la lectura se convierte en un elemento clave para el aprendizaje sociocultural, puesto

⁴⁰ Aventín Fontana, Alejandra. El texto literario y la construcción de la competencia literaria en E/LE. Un enfoque interdisciplinario. [*Espéculo* 29 (2005)]. Recuperado de: <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero29/textele.html>. p. 3

que sitúa al estudiante en el campo de la interculturalidad a través de la intertextualidad literaria.⁴¹

También, la escritura es un proceso estratégico, en el que la creación literaria, entendida como un ejercicio artístico, resulta valiosa para la práctica educativa, porque le permite al estudiante construir realidades y darles significado a los mundos creados. No necesariamente se debe escribir para lograr el perfeccionamiento de las técnicas de escritura⁴²; el objetivo radica en que se pudiera obtener de la subjetividad del estudiante los significados que interprete sobre su realidad cultural y que construyera, a partir de esa experiencia literaria, su propio ser creativo, al ser capaz, además, de poner en consideración a otros sujetos, otros nuevos modos de concebir el mundo.

De esta forma, se sitúa a la lectura y a la escritura como los elementos fundamentales en el proceso de creación literaria y, por consiguiente, en la enseñanza de la lengua y la literatura.

1.5 IMPORTANCIA DE LOS EJERCICIOS DE CREACIÓN LITERARIA PARA LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN LAS INSTITUCIONES

A lo largo del texto, ya se han señalado algunos elementos para la enseñanza de la literatura desde la creación literaria. Desde el campo de los estudios sobre la educación, este trabajo pretende aportar a la solución de las contradicciones y problemáticas en la enseñanza de la literatura; como conclusión, se resumen los elementos más importantes en esta estrategia de enseñanza.

En principio, el enfoque se encamina a lograr que el docente reflexionase sobre su papel en el aula de clases. Las características y cualidades del docente deben superar la concepción magistral y estrictamente teórica de la enseñanza de la literatura e impulsar una práctica pedagógica en la que el predominio de la palabra cediera el lugar a la creación. En este sentido, el docente debe ayudar al estudiante a la comprensión e interpretación de los textos de la teoría literaria y demás aspectos que abarcan los estudios literarios, al tener como principal objetivo la participación activa del estudiante en el aula de clases a través de los ejercicios de lectura creativa y creación literaria.

En la enseñanza actual de la literatura, la falta de contacto con la escritura causa un perjuicio en la calidad de las lecturas; además, las lecturas con objetivo de memorización o de carácter evaluativo en las que el estudiante no interactúa con el texto, terminan por ser estériles puesto que no participa en la construcción del texto. Una forma de superar estas

⁴¹ *Ibid* .p.3

⁴² Sneider, Saavedra. La creación literaria en el ámbito educativo: de la estructura superficial a la construcción narrativa de la realidad. [*Lenguaje* 39 (2011):395-417]. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/leng/v39n2/v39n2a05.pdf> p. 405.

contradicciones consiste en entender que la lectura y la escritura constituyen un proceso mediante el cual las percepciones afectivas y emotivas sobre la realidad circundante pueden terminar en la puesta en práctica a través de ejercicios de escritura creativa que permitieran ampliar la variedad del texto, tomar parte en las interpretaciones del entorno social y cultural y, desde la creatividad, aportar al desarrollo cultural y espiritual de los sujetos creadores y de la sociedad.

La lectura en su relación dialógica con la escritura convierte al lector en copartícipe del pacto enunciativo: un explorador interesado en la expansión del significado y el sentido del texto; en suma, lo motiva a producir un nuevo texto a partir de lo ajeno.⁴³

Como ya se ha venido planteando, la puesta en práctica de los ejercicios de creación literaria le permite al estudiante formar parte de la construcción del sentido y la realidad cultural, a la vez que recrea y crea nuevos horizontes de sentido. Por tanto, el texto literario se erige como un complejo constructo cultural⁴⁴ donde el escritor concibe y escribe desde lo que es. Esta práctica permite que el estudiante dialogase con su cultura y, a partir de lo que el estudiante creyera y sintiera pudiera dialogar con su entorno.

En última instancia, el trabajo permanente entre la lectura y la escritura, además de mejorar las estrategias de enseñanza y aprendizaje del maestro y su aprendiz, les permite crear nuevos horizontes de entendimiento.⁴⁵

Además, en el campo de la literatura, las creaciones estéticas corresponden a diferentes formas de representación simbólica que aportan al desarrollo de los estudiantes y, en su ser social y personal, constituyen formas de ver el mundo, con procesos cognitivos como la sensibilidad, la imaginación, la creatividad, la asimilación de la cultura y la visión crítica.⁴⁶ A través del ejercicio creativo, se expresan múltiples realidades, que se encuentran en el salón de clase; allí, el estudiante-escritor forma parte de un juego comunicativo donde cae en cuenta sobre las distintas posibilidades que ofrece la literatura como creación y como forma de ver y entender el mundo. También, este ejercicio fomenta la interpretación de los lectores que entran a participar en el proceso discursivo. Los lectores son los padres de familia, el docente, los estudiantes y el mismo escritor. Estas realidades humanas constituyen un diálogo, un ejercicio comunicativo en que el estudiante dialoga con su entorno.

⁴³ Moreno Torres y Carvajal Córdoba, La didáctica de la literatura en Colombia: un caleidoscopio en construcción, p. 102

⁴⁴ Aventín Fontana, El texto literario y la construcción de la competencia literaria en E/LE. Un enfoque interdisciplinario. P. 1

⁴⁵ Moreno, Torres y Carvajal, Córdoba. La didáctica de la literatura en Colombia: un caleidoscopio en construcción, p. 102

⁴⁶ Sneider, Saavedra. La creación literaria en el ámbito educativo: de la estructura superficial a la construcción narrativa de la realidad. p.406

Esta propuesta de creación literaria abre las posibilidades hacia una forma de comunicación que todavía no se explora en el aula de clases. Se debe pretender la superación del dogmatismo en la enseñanza y la promoción de la libertad del estudiante para sentir y comunicar, a la vez que se liberan su ser creativo y su expresión como individuo. Cada sujeto puede construir el mundo y todos, como seres humanos, tienen la capacidad de expresar sus realidades. En este contexto, y por los elementos incluidos en este trabajo, la creación literaria resulta básica para la superación de la enseñanza tradicional de la lengua y la literatura. La construcción de una educación literaria con los estudiantes, como individuos activos en la enseñanza, orienta hacia la construcción simbólica de nuevas posibilidades que permitieran la superación de los paradigmas de esta sociedad, a la vez que se forma parte de una asimilación y transformación de la realidad.

Como elemento artístico en el salón de clases, la enseñanza de la literatura conduce a reflexionar sobre su carácter humanizador y educativo y, por tanto, sobre la importancia del estudio de la literatura.

CAPITULO 2.

LOS RECOLECTORES

2.1 LA MUERTE DE ALBA Y LA MUERTE

A Gabriela Moreano

Alba había vivido toda su vida sola, en una casa modesta, al sur de una pequeña ciudad que todos olvidan. Los largos años habían pasado lentos y amargos y habían dejado su huella en su piel pura y natural. Yo la conocí hace algunos años, cuando aún era joven; le llevaba frutas, pan y leche a su casa, a cambio de unas horas de su amor; nunca llegué a conocerla bien; solo supe que amaba las mandarinas frescas y los sábados mañaneros; que se ganaba la vida prediciendo el futuro de jóvenes incautos, conmovidos por la remota imposibilidad del amor; de hombres avaros, buscadores de la fortuna; y de mujeres solas, que el tiempo había abandonado. Esa era Alba, y yo era su única amiga.

Alba había ganado algo de prestigio por sus certeras y pesimistas predicciones; todos reconocían los dones profanos que había recibido de algún astro benevolente e iban hacia ella para tratar de conocer la brevedad de sus fortunas. Yo sabía que no tenía ningún talento extraterrenal; el pesimismo de sus adivinaciones no era nada más que el resultado de una vida melancólica y solitaria, llena de simplismo y abandono. Alba solo predecía lo obvio: la tragedia de ser humano.

La última noche de noviembre, Alba recibió la carta que había esperado con temor desde hacía tantos años; había llegado de improviso por debajo de la puerta y se había metido cerca del cajón de sábanas negras, que Alba ordenaba todas las noches antes de dormir. La recogió con su frialdad habitual y aceptó digna el contenido del papel: iba a morir; los astros lo habían anunciado; había llegado la carta que se había destinado recibiera desde el día en que Martín, su primer amor, partió hacia el norte, en busca de las banalidades que solo la lujuria promete. Ahora estaba en su cuarto, con las sábanas negras tendidas sobre sus piernas y la compañía de Pavel, su gato, que la miraba indiferente desde la ventana nocturna contigua a la luz de la sala, que se desvanecía para dejarla en la oscuridad.

Alba no pudo evitar las lágrimas esa noche; después de tantos años de espera, la muerte había anunciado su visita; solo quedaba esperar con paciencia su llegada y abandonar el mundo solitario, que tan ingrato le había sido. Recorrió su habitación durante largas horas, alimentó a Pavel, ordenó las sábanas negras y, al encontrarse con el espejo de la sala, recordó su juventud. Ella no había sido siempre una mujer solitaria; de joven había sido hermosa, su piel era nívea como el nácar; su cabello era del dorado intenso que tienen los campos de trigo, y sus labios y sus ojos configuraban una belleza tal como es bella la noche estrellada. Recordó la inocencia de los amores infantiles, las mandarinas del árbol y la leche miel que duerme en los labios de una mujer; recordó a los hombres que había abandonado, los besos furtivos de una noche, los pasos de baile que enamoran, el amor ingrato, la crueldad de los hombres, el dolor de la partida y la amargura del olvido. Todo cuanto había vivido lo recordó frente a su espejo. Ahora, después de tantos años y ante la visita inminente, Alba había resuelto esperar a la muerte como a una vieja amiga.



Figura 1. La muerte llama.

Había empezado los preparativos necesarios; si la muerte iba a venir por ella, entonces la recibiría con dignidad. Ordenó la casa con lirios blancos y girasoles, perfumó la sala y abrió las ventanas; descubrió que el sol penetraba radiante y cálido en la habitación; la casa se había llenado de la luz que nunca conoció. Limpió el polvo y sacudió los muebles, ordenó la mesita de la sala y el comedor; preparó el vino y la música.

Llegué el sábado en la mañana con mandarinas frescas; Alba abrió la puerta con temor y, al verme, la tranquilidad regresó al rubor de sus mejillas. La saludé con alegría y ella me abrazó con fuerza. Traía puesto un vestido azul marino, que llegaba hasta sus rodillas. Pasé a su sala y observé todos los preparativos; en la casa reinaba una tranquilidad mística; decidió mostrarme la carta, me dijo que estaba lista y que esas serían las últimas mandarinas que comeríamos juntas.

Cuando terminamos de comer, nos vimos a la cara fijamente y lloramos. La besé con dulzura y la abracé con fervor; la tiré en el mueble de la sala; ella me quitó la ropa lentamente, mientras besaba mi cuello con un ritmo cálido. Yo la despoje de su vestido azul, mientras recorría con la humedad de mis labios sus tibios muslos. Le alboroté el cabello para ver su espesura otoñal y su piel de pan apenas dorado, que ahora estaba al desnudo. Miré fijamente sus ojos miel y me abalancé feroz sobre la cordillera de sus senos. En esa mañana de amantes, la miel de los cuerpos se derramaba a cántaros y el vino corría por la geografía femenina para desembocar en un mar de aguas tranquilas.

Permanecemos mudas, alejadas del misterio, con las miradas fijas y sin gestos; ya no había mandarinas ni vestidos azules. Ya no había luces, astros, ni espejos. No había adivinaciones, recuerdos, ni tragedias; ni cartas, ni lirios, ni girasoles. Las sábanas negras se habían marchado por las junturas de las ventanas; nada había ya, salvo el silencio y sus labios rojos, que besé con tal dulzura que le detuve el corazón.

2.2 EL TESTIGO INDISCRETO

Hacia finales de noviembre, el aire ya iba adquiriendo su árido aspecto; sobre la ciudad se cernía una neblina oscura y espesa y un aroma a felicidades rotas anunciaba diciembre. Entonces, las personas disponían las luces navideñas en las ventanas para espantar la soledad insoportable de aquel mes silencioso. Desde esas fechas, el mundo ya no valía la pena y nadie en la ciudad estaba despierto después de las siete.

El doctor Araujo fue el primero en sentirlo; lo despertó un olor a frío a mitad de la noche; su insomnio de los domingos lo había preparado para percibir todos los aromas, incluso el de la muerte; con un solo olfateo al cuello de un hombre, sabía cuántos años o días de vida le quedaban. Se quedó despierto, en su habitación, pensando en los olores de sus pacientes terminales, que se parecía, de algún modo, al aroma de diciembre.

No pudo volver a dormir; el advenimiento de ese aire hostil, que perduraba hasta finales de enero, le acongojó el corazón. Tuvo que soportar la primera noche de esas fechas miserables. Cuando vio al volcán en el horizonte, desde la ventana de su apartamento, notó la neblina sucia y amarga que empezaba a cubrir la montaña. Dos días después, todo se contaminaría. Pensó en dormir de nuevo, pero el aire ya le dolía en los pulmones y, en algunas horas, tendría la operación más importante de su carrera. La pequeña del gobernador había sufrido un extraño accidente, con unos colores de roble fino y una inofensiva cartulina.

Tardó varios minutos, en su sala, pensando en la niña; en su aroma a canela mojada y harina de trigo. Apenas se empezaban a oír las primeras gotas de lluvia que caían desde el cielo y que chocaban contra el suelo e interrumpían el silencio nocturno. El doctor Araujo se volvió a acercar a la ventana de su apartamento; ahora, la neblina era densa y ya había borrado del horizonte la silueta del volcán. Apenas se podían ver las casas blanquecinas y las luces que algunos esperanzados habían puesto en sus ventanas; solo se podía notar la luminosidad naranja de los postes de la ciudad y una calle gris y desolada, cubierta por un aire triste, que subía desde el sur hasta perderse en la ladera del volcán. En la ciudad, no había nada, salvo la neblina oscura y el sonido de los sapos que croaban en la lluvia.

Desde su ventana, se podía ver un jardín con flores amarillas y hojas verdes; era lo único que la neblina no había alcanzado aún. El jardín del vecino era modesto y estaba junto a una puerta de madera tosca, rodeado por una pared de cemento. La tierra se había cuidado con esmero y el color de las hojas verdes daba un aire de esperanza. El doctor Araujo vio durante varios minutos el paisaje nocturno, mientras trataba de esbozar con su imaginación la figura del volcán, que se había borrado miserablemente; los postes de luz parecían pequeñas constelaciones huérfanas que se hubieran perdido del cielo.

Tardó algunos minutos en ver las flores y cuando, por fin, las encontró, dos hombres vestidos de calle estaban sentados en las laderas del jardín. No alcanzó a notar el color de los pétalos, ni tampoco tuvo intención de hacerlo, pues se quedó observando a los hombres, con curiosidad, como si quisiera entender lo que decían en su conversa para no sentir la soledad de aquel frío incierto que helaba la sangre. Los hombres se miraban fijamente, con aire de ternura; el doctor había logrado entender algo de su diálogo por el aroma de sus palabras y no había perdido ningún detalle de ese coloquio nocturno.

No se podía siquiera pensar que esa noche dos hombres se atrevieran a caminar por la ciudad. El aire agrio entristecía el corazón y el frío de la neblina dolía hasta en los huesos. Los hombres se quedaron frente a frente, como dos enamorados que el tiempo, a su paso, hubiera olvidado. El doctor, apenas pudo percibir el aroma del afecto en esos sujetos y entendió que esa era la única razón por la cual dos personas estarían juntas esa noche; además, percibió el olor a canela en el cuello del hombre joven y un aire premonitorio le llegó hasta los ojos.

No prestó atención a sus conjeturas, porque, antes de asimilarlas, vio que los dos hombres se besaban con ternura. La neblina apenas rozaba las rodillas de los hombres y la noche oscurecía más sobre esa escena de sinceridad.

Cuando terminaron, el hombre viejo sacó de su cintura un cuchillo de hoja corta y mango verde y clavó con inseguridad el cuchillo en el cuello del joven; en sus ojos, se notaba la tristeza del machismo, la culpa y el peso del destino inconcluso. La sangre cubrió el jardín mientras el joven se desvanecía sobre la calle; la neblina se había vuelto más espesa, como si fuera cómplice del homicidio. El olor a sangre se mezcló con el aire para infectar con su pestilencia las últimas noches de noviembre. Él se quedó ante la escena mirando en detalle la carne del cuello que se desgarraba por el corte del cuchillo.

El doctor vio con asombro al asesino; la neblina ya había cubierto la escena del crimen y el hombre retiraba con dolor el cuchillo verde. Antes de terminar la noche, el asesino alzó la mirada y pudo ver los ojos indiscretos del doctor Araujo; entonces, ambos supieron que el doctor era el único hilo suelto de aquel homicidio perfecto.

Cuando la neblina cubrió al asesino, el doctor Araujo se fue con calma a su habitación y cerró sus ojos mientras pensaba en el futuro incierto de la pequeña del gobernador y en la alegría de saber, con certeza, que ese sería el último de sus diciembres.

2.3 LA FORMA DE LA ESPADA

Todos sabían que a E. Zambrano lo había matado Alejandro C. con una espada sin filo sobre la baldosa naranja de una casa vieja. El Juez de instrucción no atribuyó al homicidio culpabilidad, sino, más bien, un repentino y triste desliz de la casualidad. Los efectos del homicidio poco se sintieron en la ciudad y rápidamente se olvidó la muerte de aquel hombre de nariz chata y barriga prominente.

Lo curioso del asunto, que merece atención, es la historia de la espada sin filo con la que Alejandro C. mató a E. Zambrano. Se sabe que la espada no pertenecía a Alejandro C., como se dijo en las primeras hipótesis, sino la había heredado un amigo, que había muerto sin hijos ni familia. La espada fue, también, por herencia, de Juan Chaves. Antes de su miserable muerte por el cáncer linfático, dejó la antigualla a Alejandro C., como muestra de amistad y como última voluntad.

La espada había pertenecido al bisabuelo de Juan Chaves, don Campo Chaves Ortiz, un militar del ejército que, en 1894, había matado a cincuenta y tres liberales en la guerra civil; su manejo de la espada le había valido el título de mayor del ejército, en 1896. La espada la había conseguido cuando apenas era cadete, en una tienda de gitanos que viajaban desde Francia en busca de la selva del Chocó. En ese entonces, la espada no era negra, sino tenía un tono elegante y cierto aroma a sangre azul, que a don Campo Chaves Ortiz le había gustado. Después de alcanzar su título militar, y antes de presentir, una mañana de agosto, la degeneración de sus pulmones, don Campo Chaves Ortiz había viajado al Chocó en busca del gitano que le había vendido la espada; su interés era obvio: deseaba conocer la historia de la espada que le había permitido alcanzar la gloria.

El gitano ya era viejo y había olvidado al militar del ejército, pero nunca olvidó la forma de la espada. El artefacto había luchado junto al abuelo del gitano en la revolución francesa y el héroe de guerra había cortado la cabeza de varios nobles. Por supuesto, el abuelo del gitano había modificado la forma de la espada, según se estilaba en esa época. Cuando encontró la espada, después del asalto a una armería, el objeto tenía cierto aspecto oscurantista, poco gustoso para las ideas de la época. El padre del gitano había recibido la espada de su padre, antes de que muriera en la guillotina del Gran Terror. En 1975, había escapado con su hijo a España, desde donde había emprendido el viaje a Latinoamérica.

Hasta ese entonces, la espada mostraba el estilo oscurantista que el abad Francisco Piccola había forjado con hierro bendito para el duque de Borgoña. El regalo lo había cedido el Abad por motivo del décimo aniversario del duque. La espada provenía de un moro, que había sido atrapado por los cruzados; fue el último hombre en caer en una guerra sangrienta, donde los europeos se impusieron por mayoría. La espada había cortado la carne de cientos de cruzados, razón por la cual el Consejo de obispos había determinado

que era un objeto demoniaco. Le encargaron al Obispo Rouco Lamppone su destrucción, pero el arma, como poseedora de un arcano, había despertado la curiosidad del sacerdote, que la había conservado en una abadía francesa, hasta 1477. El abad Francisco Piccola la había encontrado oculta en una habitación de retiro, junto con un pergamino corroído por el tiempo.

El abad Piccola había decidido fundirla en fuego sagrado y bendecir su acero, después de realizar los estudios respectivos; por supuesto, modificó la espada; acabó con su estilo arábigo y curvado, para formar una nueva espada, recta y medieval. Poco se conoce qué había hecho el duque de Borgoña con la espada, ni cómo había terminado en la armería de La Bastilla.

Sí se sabe, en cambio, sobre los manuscritos que el abad Francisco Piccola escribió para la abadía de Fontroide, que contenían algunos desarrollos de matemáticas avanzadas para comprender la existencia de Dios. En un manuscrito figuraba, también, una espada de fuego azul, que la divinidad había obsequiado a un rey persa, que antaño había luchado contra ciertas entidades ctónicas. La leyenda de la espada había perdurado viva en la tradición persa antes de su declive en el año 330 a. C. y se la llegó a considerar un tesoro nacional, que solo podía portar por el legítimo rey persa. La espada la había heredado una muy oculta dinastía de descendientes persas, hasta que el último de su generación había muerto en las hogueras de las cruzadas. El segundo rey persa había determinado que la forma del objeto divino tenía que alterarse para que los ojos mortales no se trastornaran con la complejidad de lo eterno.

Hasta ese punto se puede rastrear la historia de la espada que don Campo Chaves Ortiz había legado a su descendiente, Juan Chaves. Por supuesto, la línea secuencial está llena de errores e imprecisiones históricas, pero no deja de ser curioso que la espada no tuviera filo cuando Alejandro C. mató a E. Zambrano. El golpe de la espada fue en el brazo izquierdo y un fragmento de metal se incrustó en una herida que E. Zambrano tenía desde antes de la pelea.

El fragmento introdujo una bacteria, que penetró en una de sus arterias y llegó hasta su corazón y lo destrozó. Por esa razón, el juez de instrucción consideró que no debía sancionar el hecho.

2.4 EL MÁS MALO

A Pato

A mí me preguntan siempre por Juan Patiño; ustedes no lo conocieron como yo lo conocí; déjenme hablar bien sobre el tema. Ese era de los barrios bajos de Puerto Guzmán; hasta el acento indómito de los matones del lugar tenía. Traté con él pocas veces, porque me daba miedo; ese era hombre bien malo. Por El Charco lo vi por primera vez descuerando conejos, cuando era niño; pero es que estaban vivos. Si yo le digo que alguien es malo, es porque así lo era desde niño. El desgraciado se divertía aplastando sapos con la cuchara de la Cecilia y regalando ratones a los gatos, para divertirse con su sufrimiento; de eso me acuerdo bien.

El día de la crecida lo perdió todo, el río se le llevó la casa con todo y mamá; dejó solo al infeliz y bien merecido que lo tenía. Ojalá se hubiera muerto ese día, pero el diablo es malo y nos lo dejó a nosotros por un buen tiempo. Mi abuelo decía que hay hombres que nacen para el bien y otros tantos que nacen para el mal; yo no sé si Juan Patiño nació con talento para el mal o si fueron las desgracias de su infancia las que lo hicieron malo; imagínense que el papá lo golpeaba siempre para que fuera recto, pero, al final, se le torció.

La segunda vez que lo vi fue cuando ya era grande, acá en el poblado; traía la pistola en el cinturón y el cuchillo en la chaqueta. De ese día me acuerdo bien, porque Rogelio lo quedó viendo feo; así fue que se ganó el puñal en el cuello. Nunca vi a nadie tan acreditado con el cuchillo; lo digo porque ese día mató a cuatro hombres con acero antes de sentarse a beber cerveza.

Yo era hombre de Don Fernando y a Don Fernando le cautivan los hombres con carácter; decidió llamarlo y darle trabajo al miserable. Yo nunca he tenido suerte y por eso es que me tocó enseñarle al Juan Patiño las mañas del trabajo. Ustedes saben que don Fernando era hombre de negocios y los negocios tienen que manejarse con prudencia, por eso iba yo a arreglar los problemas y le enseñaba a Juan Patiño a arreglarlos; pero él no se educaba, solo mataba, esa era su profesión.

No recuerdo bien el día en que sacó el cuchillo y mató al Alvarito Gonzalez delante de su hijo; la criatura lloraba tanto que irritó a Juan Patiño y de un tajo le cercenó el cuello a la criatura; para cerciorarse que nadie más llorara al Alvarito, entró en la casa y mató a la mujer y al bebé. Yo más bien no hice nada; le digo que ese hombre me daba miedo de verdad.

Así se fue ganando la confianza de don Fernando, tanto que hasta lo hizo su mano derecha y su escolta. Imagínense cuánto poder llegó a tener el muy bandido; era el encargado de mandar al personal, de hacer las visitas importantes, de controlar los problemas, pero a la cucaracha no le bastaba con tener semejante prestigio, él lo quería todo y, un día que don

Fernando lo regañó por su brusquedad, él sacó la pistola y le hizo un hueco en toda la frente. Nosotros nos quedamos quietos, no por falta de lealtad, sino por purísimo miedo.



Figura 2. El más malo.

Imagínese usted los pantalones que tenía ese sujeto para desenvainar el revólver y meterle un tiro al jefe; si eso le pasó a don Fernando, imagínese a nosotros. Es más, déjeme contarle que Lucio Vega, Margarito Duarte, Jaime Rivera y Orlando Espitaleta fueron asesinados porque le caían mal a Juan Patiño; no por traidores, como dice la gente. Esa misma noche, después de matar a don Fernando, él se encargó personalmente de ellos cuatro. Ese hombre debía treinta y cinco muertes hasta ese día. Por eso es que todos aquí saben de Juan Patiño, lo conocen en todo el Departamento y hasta bien al norte, porque era hombre de temer, que no les quepa duda.

La última vez que lo vi, ¡bendita sea mi suerte!, fue el treinta y uno de diciembre del año pasado. Ese era el demonio, lo sé muy bien; no me explico cómo nadie lo había podido matar; se salvaba de todas, pero la Providencia es bendita y, en la fiesta decembrina, una bala perdida cayó del cielo y le atravesó el corazón a Juan Patiño. Nadie de nosotros llevaba pistola ni cuchillo, salvo Juan Patiño, que era el jefe. El pueblo tiene un héroe desconocido. Recuerdo que esa noche celebramos; nadie de nosotros enterró el cadáver.

2.5 EL DOMINGO DEL PRESIDENTE

La mañana no podía ser peor: la mano sucia de un alcahucho lambón, que casi se tropieza para recibir al presidente, y un desayuno con arepa, queso en hoja de plátano y café endulzado con panela. Apenas eran las ocho de la mañana y el presidente ya quería salir corriendo de aquel pueblo mugroso, lleno de charcos y gente con tierra en las manos. Los pueblerinos se habían reunido ante él, que había viajado con el único propósito de cumplir sus promesas de campaña:

—Estaré con el pueblo, visitaré cada rincón del país; iré a las plazas, a los mercados, a las veredas; no abandonaré a mis compatriotas.

El presidente y su delegación caminaron mientras saludaban a los campesinos y a los niños mocosos, con sus bucos de lana. Las madres llevaron a sus hijos para que se contagiaron de la buena fortuna del mandatario y el cura preparó la misa para bendecir su buen futuro. El presidente aceptaba con gracia fingida la amabilidad de la gente y, a la menor oportunidad, sacaba su pañuelo de seda para tratar de limpiar de las manos la suciedad del lugar.

Cuando llegaron a la plaza de mercado, la cara del presidente palideció; nunca había sentido tantos olores mezclados, tampoco había visto los mosquitos sobre las frutas y los charquitos de agua sucia tan cerca de los comestibles; la carne fresca al aire libre, que arrojaba sus miasmas al ambiente; el pescado crudo sobre bloques de hielo derretido, las canastas de paja y las arepas con queso, con las que había desayunado en la mañana. Su estómago no pudo soportar la escena y, con el menor movimiento, cayó al piso y ensució sus pantalones de paño y su chaqueta de seda fina; su adversidad fue aún mayor cuando un joven le ayudó a incorporarse y, al aprovechar la oportunidad, le raponeó su reloj.

El escándalo era fuerte. Al presidente lo habían robado y sus ropas estaban sucias. La gente, humilde y servicial, le prestó las atenciones debidas. Lavaron su traje de paño y la camisa de seda; los zapatos de charol se brillaron con el mejor aceite y a su chaqueta de seda la atendieron las mejores manos. Ahora, el presidente vestía con asco un buzo de lana tosca y unos pantalones ajustados, que generosamente habían prestado algunos de los vendedores de la plaza.

Pensaba con enfado en la hora de salir de aquel pueblo mugroso y abandonarlo para siempre. Cuando la fuerza de la costumbre lo obligaba a ver su reloj, una sensación de ira se apoderaba de su ser y, así, al caminar de un lado a otro y pensar en su infortunio, olvidó ponerle atención a su ropa, que se secaba en un banquito de madera.

Cuando llegó la hora de abandonar el pueblo, el presidente volvió en sí y, al ver el banquito, donde se secaban sus ropas húmedas, vació, estalló en cólera; salió del lugar

gritando y maldiciendo al pueblo y, entre la multitud, que se reunía para acompañar su desdicha, alcanzó a ver al joven ladrón, que se había llevado su reloj, que llevaba sus zapatos, su camisa, su pantalón elegante y su chaqueta de seda.

Armó un alboroto tremendo, gritó a cuanta persona encontró, golpeó a su escolta y le exigió atención, insultó al joven de traje y lo llamó ladrón y mentiroso. Todos quedaron atónitos; no sabían por qué uno de los suyos gritaba así al señor presidente; era una falta de respeto inadmisibile, en un pueblo con esas costumbres.

El joven se acercó elegante, mostró su reloj de oro, que era la prueba irrefutable de su poder sobre el Estado; sacó de su pantalón de paño unos cuantos billetes y se los entregó al hombre de buzo de lana y pantalones ajustados, que lo veía atónito desde su fatalidad.

Esa misma tarde, el joven volvió a la casa presidencial y el hombre de pantalones ajustados terminó por ganarse la vida con la venta de peras y manzanas verdes en un pueblo sucio, en el sur del país.

2.6 LA GUERRA DE LOS CINCO DÍAS

En el Liceo Central solo hay tres canchas de cemento añejo, que parecen un amasijo gris y grotesco. Los estudiantes juegan en esos cubículos sucios o esperan, sentados, en algún lugar, hasta que las clases comiencen. Él los observa desde la distancia, en el segundo piso del bloque, donde están los salones de clases; se oculta tras una columna verde, para que nadie lo vea. En la cafetería, los profesores se esconden de esos niños malvados con sacos mocosos y voces chillonas; toman café oscuro y sin azúcar, para aliviar la tensión de ese ejército de bichos que revolotea sin cansancio por el colegio.

Los niños corren, se golpean o gritan; las niñas, que son más hábiles, juegan a edificar su autoridad.

Unos estudiantes discuten en la cancha. María, que es una mujer aguerrida, enfrenta a Solarte, un pequeño, pero inquieto, muchacho que reclama su autoridad sobre la cancha. Solarte, por la emoción del momento y por su personalidad arrebatada, levantó su dedo índice e hizo el gesto inverosímil de un revólver, con el que apuntó a la cabeza de Andrés, el novio de María; con su dedo pulgar, cargó la bala imaginaria y, ante la mirada atónita de todo el colegio, disparó.

Andrés cayó inmóvil al suelo. Así, empezó la guerra.

Él lo observó todo desde su rincón del segundo piso. Los estudiantes se separaron en dos bandos, ambos fuertes y numerosos. Los que apoyaban a María recogieron el cuerpo de Andrés y se replegaron lentamente. Los amigos de Solarte lo escoltaron con dignidad, emocionados ante el inicio de una nueva aventura.

A la mañana siguiente, las clases empezaron con una calma poco habitual; los estudiantes entraron en silencio a los salones, donde reconocieron aliados y enemigos. Cuando sonó el timbre del descanso y los profesores se acuartelaron en la cafetería, las primeras incursiones de los estudiantes empezaron: el grupo de Solarte se tomó la plaza principal y ocupó el bloque de salones de los grados inferiores, una cancha y la puerta de entrada al colegio; levantaron un bloque de maletines, que pusieron en fila uno sobre otro y que sirvió como trinchera para separar su territorio del ajeno; así, permanecieron unos cuantos minutos, con el sudor en la frente y el temor en sus piernas; se apostaban contra el suelo, con sus manos firmes y sus dedos puntiagudos, que simulaban un revólver. Por la salida del colegio y por el bloque de grados superiores, empezaron a salir dos o tres pelotones de estudiantes, que tomaron posiciones; dos más se quedaron en la retaguardia. Para sorpresa del bando de Solarte, ese día, el grupo de María ganó en creatividad; a su ejército lo armaba con fusiles, que simulaban al extender el brazo izquierdo, mientras que con el derecho fingían la mira y

el gatillo. Ese día hubiera sido el fin del grupo de Solarte, pero los salvó su bien lograda trinchera y el sonido de la campana, que se escuchó a tiempo.

El tercer día, aparecieron las primeras metralas, granadas y morteros. El grupo de María siempre tuvo la ventaja estratégica, pero carecía de pasión. Las filas de Solarte avanzaban con energía, para tomar, con la valentía que solo los héroes conocen, las armas de sus enemigos caídos. Se oía el sonido de las explosiones y las correteadas de niños y niñas, que socorrían a sus heridos. Toda la plaza del colegio se llenaba de ese carnaval de energía infantil. María, que siempre estaba a la vanguardia, logró ubicar un equipo de francotiradores, que se escondían tras las ventanas de los salones de clase. Así, logró detener la avanzada de Solarte que, antes de finalizar el descanso, tuvo que anunciar la retirada.

El cuarto día fue mucho más sangriento. Solarte llevó los primeros tanques, que los formaban cuatro niños, abrazados entre sí, y una niña, que extendía ambas manos al frente y que simulaba el cañón, del que disparaba grandes balas explosivas. El grupo de María retrocedió hasta la salida del colegio, detrás de la cafetería. Los heridos seguían llegando uno tras otro y su cuerpo médico los curaba casi al instante, para mandarlos de nuevo al frente de batalla. Solarte avanzaba sin piedad y destruía cada obstáculo que se le interponía. Por suerte, la fuerza aérea de María llegó a tiempo; la formaban niñas de falda, que corrían de un lado a otro con los brazos extendidos a los lados.

Tuvo que apartarse de su escondite, para no perder ni una parte de esa magnífica escena. Se podían oír los disparos y la metrala de los aviones, que impactaba contra las tropas de tierra; también, se podía sentir el estruendo de las baterías antiaéreas que Solarte había previsto para ese día y que derribaban a las niñas, que ya empezaban a caer al suelo. No pudo evitar que aplacara la emoción y logró ver la mirada penetrante de Solarte, que se percató de su presencia. Con una sonrisa malvada en el rostro y con una mueca de prepotencia, levantó su dedo puntiagudo, le apuntó y le disparó sin piedad. Cayó al suelo, mareado, con la fortuna de alcanzar a ver que esa bala imaginaria había pasado a pocos centímetros de su corazón.

A la mañana siguiente, antes del descanso, Solarte estaba en el patio bebiendo agua, por lo que se le acercó con sigilo y, cuando estuvo frente a él, sacó su dedo y le disparó a su pierna. Él se tiró de inmediato, por el dolor de la herida.

— Es solo un juego, profesor —le dijo, desde el suelo. Antes de que volviera a hablar, le disparó tres veces más.

La guerra terminó esa mañana.

2.7 EN NOMBRE DEL HIJO

Daniela había salido esa tarde naranja de la Facultad con el cansancio en los ojos. Apenas pudo mantenerlos abiertos en la clase de climatología, que es la materia más encantadora de los estudios geográficos. El sueño la vencía lentamente y por unos segundos creía dormirse en el camino. La tarde era espesa y el aire tenía un sabor agrio. A lo lejos se veía el sol que se ocultaba en la montaña y de ella salía un fuego que amenazaba con quemar los cielos. Daniela tuvo poca precaución y no notó que, en la lentitud de sus pasos, el sueño la vencía; quizás por eso no prestó atención a la luna roja que se alzaba en la noche.

En su camino, apenas pudo notar la soledad de las calles; la luz casi inexistente solo se comparaba con el sonido gélido del viento. Tampoco prestó atención a las hojas secas que habían caído de los árboles y el polvo que marchaba lentamente al compás de la noche. Daniela no se daba cuenta de nada, ni del aire sospechoso, ni del olor de la llovizna; parecía sonámbula, caminaba con lentitud, con los ojos casi cerrados, seguía un camino que irremediablemente la conducía a la iglesia de Palermo.

Esa noche, la iglesia tenía un carácter sombrío; el vitral ornamentado mostraba sus figuras sacras debido a la tonalidad sanguínea de la luna. Las paredes eran de un ladrillo sucio y la cúpula de la iglesia parecía una lanza negra. A lo lejos, por el altar, se oía el sonido del órgano y los cantos del sacerdote con su séquito de monjas y monaguillos. La misa parecía un viacrucis y Daniela resolvió entrar para descansar sus pies y escuchar los cantos gregorianos.

El sacerdote tenía los colores litúrgicos de la pasión. Sobre el alba tenía un largo atuendo rojo con incrustaciones doradas y gemas verdes. Las monjas y los monaguillos también portaban colores rojos, como el de la luna, aunque menos ostentosos que los del sacerdote. La liturgia trascurrió con solemnidad y Daniela, con sus ojos cerrados, apenas podía distinguir los ritos de la eucaristía.

A lo lejos, en el altar, se observaban las figurillas santas con sus rostros de angustia, los sonidos secos del órgano y las miradas inexpresivas de las monjas. Daniela no podía advertir nada, ni siquiera la soledad irremediable de la iglesia. El sacerdote procedía con cautela al preparar cada símbolo eucarístico; los monaguillos, con sus caras pálidas y sus cráneos marcados, sostenían los cirios, y las monjas, con su incienso agrio y frío veneraban las imágenes del altar. Daniela no notó nada, salvo su reloj que, por alguna gracia milagrosa, alcanzó a ver: marcaba las tres de la mañana.

En ese momento, Daniela percibió el olor penetrante del incienso y notó que estaba sola en la sala con el sacerdote y su séquito al fondo; intentó incorporarse, pero una fuerza libidinosa la sostuvo en su lugar.

El sacerdote preparaba la hostia y, en el momento de extender los brazos, ella se miró levantando el cuerpo blanco; su rostro también estaba en los monaguillos y en las monjas y en cada figurilla santa; intentó soltarse inútilmente, pero, cuando quiso despertar, vio a su profesor de climatología. El rubor regresó a sus mejillas y, con tranquilidad, tomó el lápiz para dibujar los diagramas del tablero.

Por alguna intuición, Daniela observó la ventana y vio la luna roja e intensa de la noche. Despertó acostada en la mesa del altar; con los ojos abiertos, observó al sacerdote que alzaba una copa rebotante de sangre. Intentó despertar de nuevo y estaba ahora en la calle, frente a la iglesia. Corrió hacia el sur en vano, porque encontró de nuevo la iglesia con su cúpula negra y sus vitrales rojizos. Despertó acostada, con las manos del sacerdote sobre ella, que tocaban su cuerpo, obsesionado. Intentó abrir los ojos de nuevo y, ahora, estaba inmóvil frente a la iglesia.

Despertó abrumada y observó que el sacerdote abría su cuerpo y repartía su carne a las monjas y monaguillos.

—Este es el cuerpo de Cristo, —anunció el sacerdote.

—Amén, —respondieron al unísono.

2.8 LA MAÑANA AZUL DE LEOPOLDO

Tifón, el gato, duerme con un sueño profundo. Nada parece molestarlo. La mañana apenas alcanza a mostrar sus primeros tonos azules; solo a lo lejos se oye el tímido cantar de un pajarillo. El amanecer está próximo.

La ciudad duerme tranquila. Solo Leopoldo, el dueño de Tifón, se ha levantado; el frío lo había molestado toda la noche y, cuando apenas había logrado conciliar el sueño, el cantar del pajarillo, que solo él había oído, lo despertó. Esta vez el frío es más intenso —pensó—, mientras se ponía el abrigo de plumas que su mamá le había regalado el día de su cumpleaños.

Caminó con malestar en la cabeza y con paso indeciso hacia la puerta de su baño y vio con envidia a Tifón, que dormía plácidamente sobre las cobijas. Cuando abrió la puerta y soltó lentamente el pomo dorado, un aire gélido le llegó al corazón. Supo que ese día iba a morir. Se quedó firme ante la puerta, mientras contemplaba el rigor de su destino.

Se sirvió un café negro y espeso; decidió no mezclarle azúcar, para probar los labios amargos de la muerte. Prendió un cigarrillo y contempló la soledad insufrible de su habitación: el mueble amorfo y viejo de su sala, una mesa sucia llena de literatura y tabaco, las paredes blancas sin decorar y las baldosas del piso dañadas por la inclemencia del tiempo. Una sensación de ternura alcanzó su cuerpo y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

Pasó largos minutos sentado en el sillón de su sala, frente a una ventana grande que mostraba un volcán dormido y vio las primeras luces del alba que, con pereza, llegaban para cumplir con su propósito. Vio las aves mañaneras que revoloteaban por los aires y oyó su canto, esta vez más sonoro y lento; bajó la mirada y vio, desde su departamento, las primeras luces de las casas, que las madres encienden para despertar a sus hijos de colegio. Era una imagen poética, entonces Leopoldo decidió que no iba a morir.

Tifón sigue dormido, nada lo despierta. Ya las aves cantan con fuerza. A lo lejos, se oyen los primeros sonidos de la ciudad. Leopoldo sigue en la sala, caminando de un lado a otro, intranquilo, pensando en evadir la muerte. En una mesita reposan unos cigarrillos ajados, que Leopoldo coge con su mano temblorosa. Cuando enciende un cigarrillo oye el sonido de la puerta, piensa que no es nadie, regresa al cigarrillo; oye el sonido una segunda vez, ahora más firme. Su corazón se agita, humedece sus labios secos y abre la puerta. No hay nadie. Solo se oye el eco pálido del vacío y, a lo lejos, un llanto tenue que se pierde en la nada.



Figura 3. Mañana azul.

Cuando Leopoldo vuelve en sí, recobra su intranquilidad y, al voltearse, ve un pajarito que se ha posado en la ventana y la picotea una y otra vez. Se acerca a ella; para su sorpresa, el ave no escapa; lo mira fijamente con sus ojos negros y diminutos, pareciera que le mirara el

alma, como si quisiera hablarle. Leopoldo reconoce el ave, era el pajarillo que lo había despertado. Por su culpa, fumaba por toda la habitación y pensaba en la remota idea de morir, así que golpeó fuerte la ventana, pensando en desquitarse y, al ver que el pajarito no escapaba, refunfuñó con odio hacia el mundo que había creado las aves, cuyo canto quitaba el sueño.

Despachó todos sus temores, dejó el cigarrillo y se fue a su alcoba con la firme idea de dormir.

Tifón sigue dormido, nada lo despierta. El cielo tiene un oscuro azul, las aves cantan a lo lejos. Cuando Leopoldo llegó a la alcoba, oyó la respiración imperturbable de Tifón y, a su lado, se vio, con un rostro pálido, en su cama, y una sonrisa severa. Su cuerpo, inerte, había descansado toda la noche.

Leopoldo salió de su alcoba, abrió la ventana y vio al pajarito que seguía parado con sus ojos negros y diminutos; vio el cielo azul, con algunos rayos dorados que salían desde detrás del volcán y vio a los niños que salían de sus casas. Cuando vio que el pajarito volaba desde la ventana, Leopoldo también decidió saltar.

2.9 RÉQUIEM

Está acostado y tiene los ojos cerrados, pero los ve a todos. Ahí está Paula, con su cara pálida y sus ojos negros; es fea, por supuesto, como las pasas viejas, pero la quiere un poco; está viéndolo con su cara de burra mueca, sus ojos lloran y su cara se achica; le causa risa, quiere verla que siga llorando.

Al otro lado está Manuel, con el traje de luto que había usado el día en que Karen, el amor de su vida, se había casado con Ángel, un hombre blanco de corbata pomposa, que le había arrebatado la felicidad; está triste, su mirada le da lástima, es su amigo, a él sí lo quiere. Javier lo acompaña a su derecha, más triste que él; ya se le empiezan a ver las primeras arrugas de la madurez. Todos habían sido jóvenes alguna vez y, también, niños y, ahora, no sabe si ha vivido o si todo ha sido el recuerdo de lo que alguna vez alguien le ha contado. A lo lejos se oyen las puertas que se abren para recibir más visitas y se oye la voz inconfundible de Angelita, aguda, ridículamente chillona; se abre paso entre la gente y empieza a hablar con ella sola.

Debe ser sincero, no le sorprende tanta multitud. Él es lo que pocos hombres han sido en la vida: un ser de mundo, un viajero, incomprendido a veces por las mentes sedentarias de ese pueblo; por eso ha conocido todo cuanto el mundo puede ofrecer. Fue escritor y, en las tierras de oriente, compuso tantos versos, que llegaron hasta los oídos solemnes de los monjes tibetanos. La música que creó en el norte de Europa aún se escucha en las radiolas de las tabernas románticas, donde los amantes se declaran. En África, retrató con óleo el negro de todos los colores, que duerme en la tez aguerrida de su gente. Amó a cuanta mujer pudo y pisó todos los caminos que antaño recorrieron los emperadores romanos; respiró el aire de toda montaña y cruzó los ríos y los valles y los desiertos.

Ha caminado y el mundo lo sabe. Es un personaje ilustre. La multitud que allí se reúne es la prueba. Ahora está de vuelta en los Andes fríos, en la cuna del sur, donde el mundo lo vio nacer. Está acostado con los ojos cerrados y los ve a todos. Paula, con su cara de pasa, sigue llorando. Lo alegra verla llorar; su cara de yegua abandonada lo reconforta.

Entre la multitud recordó al loco Emilio, su abuelo. Él le contó las primeras historias que el hombre había escrito; descubrió en las montañas de América los primeros libros y, también, la primera música y la primera pintura. Fue el primer hombre entre los hombres; el único que se aventuró a salir de ese pueblo; en sus viajes conoció cuanto el mundo puede ofrecer.

Su mamá nunca olvidó el abandono del abuelo Emilio. Cuando regresó viejo y loco, después de años de dejadez, apenas pudo reconocer a su hija, pero él vio sus ojos y en su mirada pudo advertir la prueba irrefutable de su vena congénita. Pudo sentir el pulso de sus pasos y, al escuchar su voz, supo que lo habían destinado a ser más grande que él. Le contó

todas sus historias y así conoció por vez primera el mundo. A sus veinte años decidió salir del pueblo y completar el mundo que su abuelo Emilio no pudo sospechar.

Ahora está de vuelta en ese sur frío, en el ocaso de su viaje. Apenas se oye la voz de Angelita, chillona e irritante. Los primeros pasos de Fernanda, que ha llegado a visitarlo, y la mano tibia de Viviana.

Está acostado con los ojos cerrados y los ve a todos, allí, al final de su viaje. Manuel y Javier se han despedido, han apagado la luz.

También han cerrado la puerta.

Y ahora no sabe si ha vivido o si todo ha sido el recuerdo de lo que alguna vez alguien le contó.

2.10 EL HOMBRE DE LA ESQUINA NARANJA

A Juan Solano

Habían pasado varios minutos desde que David S. se despertó. Por supuesto, vio la hora del reloj y se percató de que su sueño había consumido diez minutos más de lo habitual. No fue un hecho baladí; David S. era un fanático de la puntualidad, un pulcro hacedor de la cotidianidad. Pensó unos instantes en no bañarse, pero desechó rápido esa idea. Otra opción era no desayunar, pero David S. no podía permitirse despreocuparse los primeros deberes de la mañana. Entonces, emboló su calzado con la misma paciencia de siempre, brillando siete veces cada zapato con la franela limpia, que doblaba cada noche y dejaba junto a sus zapatos antes de dormir. Se cepilló los dientes con su cautela habitual, procurando no lastimar sus encías y, también, dejó tendida la cama, milimétricamente ordenada, casi perfecta.

Hizo las cuentas en su cabeza. Tenía que llegar a las 8:00 de la mañana. El bus se demoraba media hora en llegar desde la parada hasta el centro. Luego, debía caminar cuatro minutos para llegar al punto acordado, pero un déficit de diez minutos se interponía en su milimétrica puntualidad, así que salió corriendo desde su casa, pasó semáforos en verde, sin importarle el tránsito criminal de los conductores habituados a llegar tarde a sus oficinas. Pasó por alto los saludos de los vecinos y esquivó con inmaculada perfección a cada niño que salía corriendo desde su casa para llegar a la buseta que los transportaba al colegio. Cuando llegó a la parada de bus, la resolución fue firme: había ahorrado tan solo seis minutos. Un déficit de cuatro minutos se interponía entre él y su milimétrica puntualidad.

Por suerte, a la distancia, alcanzó a ver la ruta que lo llevaría hasta el centro. Pensó que sería posible llegar un poco antes de las 8:00, si el chofer manejaba a una velocidad constante. Con optimismo, alzó la mano para indicarle al conductor que parase y, cuando se alistó para subir al bus, vio que había pasado de largo, lo dejó con la pierna alzada y con una nube de polvo que se metió en sus pulmones. Después de toser y sacudir el polvo de sus zapatos, vio a un hombre elegante, de talla alta, de pelo castaño y ondulado que lo observaba desde una esquina naranja. El hombre llevaba un traje negro, maletín de cuero y corbata azul. David S. se incorporó, se apartó de él y caminó tres pasos a su izquierda para ver su reloj y comprobar que el tiempo posiblemente no alcanzaría para llegar puntual a su compromiso.

David S. esperaba con impaciencia la próxima ruta. Pensaba con pesar en esos diez minutos de sueño que habían de acabar con años de perfecta puntualidad. Toda su rutina se vería afectada por esos diez minutos, que se iban convirtiendo en once, en quince, en cientos de minutos más. A lo lejos vio la ruta que bajaba y, con tristeza, levantó la mano, aceptando su destino, pero el bus pasó de largo y lo dejó otra vez, con una nube de polvo que se metía en sus pulmones. David S. pateó el piso con furia y maldijo a viva voz el bus y a todos los

conductores del mundo por su comprobada ineptitud. Se paseaba de un lado a otro, escupía y gritaba lleno de cólera.

Cuando se calmó, David S. se percató del color naranja de la esquina donde estaba parado el hombre de traje; era de un color intenso, fuerte como los ladrillos de la pared; su color era de una elocuencia perfecta y se podía sentir en el olor a naranja y también su sabor. No supo cuánto tiempo se quedó viendo la pared, porque apenas volvió en sí, otra ruta de bus había pasado. Ya nada le importaba a David S. Por lo menos otras tres rutas de bus habían pasado sin detenerse y él seguía ahí, con sus zapatos empolvados y su reloj, que marcaba más de las 8:00. Apenas levantaba la mano, como un gesto de mera formalidad, para seguir la rutina clásica que les solicita a los buses que se detuvieran. Cuando miró su reloj por última vez, se declaró derrotado. Por primera vez en su vida habría de llegar tarde a un compromiso y, también, por primera vez, no sabía qué hacer, ahora que su rutina se declaraba incompleta.

David S. vio los zapatos del hombre de la esquina naranja, también empolvados, así que decidió acercarse a él. David S. notó que era un hombre viejo y, con un tono irónico y casi gracioso, le preguntó si los conductores son unos ineptos o si ellos dos estaban muertos.

—No sé, —le respondió el hombre con tristeza—; yo le iba a preguntar lo mismo.

2.11 EL RUBOR EN SUS MEJILLAS

Dos pasiones, ahora casi olvidadas, han hecho de su vida algo poco aborrecible y, a veces, hasta feliz: el amor y la literatura. No puede mencionar a todas sus amantes, pero sí puede satisfacer la curiosidad del lector con un solo nombre, cuyo lento susurro podría estremecer los átomos más fríos del hielo polar.

Con ella frecuentó la poesía y el canto e incluso llegó a tocar la vastedad de los horizontes que dibujan las estrellas en las noches oscuras y aquella a la que los astrónomos llaman universo. Pronunciar su nombre, sin la debida precaución, sería un acto reprobable, pero, para efectos de esta confesión, dirá que su nombre es Julieta. Si el lector no ha entendido la complejidad mística de esta palabra, le pide que deje esta nota, puesto que no lograría entenderlo, y que fueran otros los ojos atentos los que entendieran los motivos de sus actos.

Shakespeare concedió este nombre a la protagonista de una de sus más grandes tragedias, porque no solo entendía que en la palabra Julieta alcanza el amor sin medida, sino, también, comprendió que, en Julieta, se alcanza la palabra muerte.

Así fue como la conoció, a la mitad del más frío de los agostos. Cuando pronunció su nombre supo de inmediato que había nacido con el único propósito de amarla. Ustedes juzgarán que exagera o que es un loco, pero la explicación más racional es que se enamoró con el simple susurro de su nombre. Julieta era una mujer de rostro sincero; su carácter, poco menos firme que el de los héroes griegos. En su cabello y en sus ojos prosperaba la alegría infinita del movimiento y se podía sentir su sabor natural en el rubor de sus mejillas.

Caminaron juntos un buen tiempo. En el aire que respiraban había algo parecido al amor. Se despertaban con asombro, como si un mar o un bosque estuvieran cerca, y la sangre hervía con su fuego. Todo, en aquellos años, era diferente; podían incluso elegir sus desdichas; hasta el olor de los sueños era distinto. Eran grandes los días y grandes eran las noches de esa guerra feliz. Él había comprendido que no hay cosa en el mundo que pudiera escapar del romance; una palabra, un rostro, un araño, el olor de la llovizna, el reverso de un auto. Había logrado comprender el lenguaje oculto que Neruda, Baudelaire y Victor Hugo escribieron en las páginas de la historia.

Sabe que lo pueden acusar de soberbia o egoísmo y, tal vez, de locura, pero han de entender que sus puertas siempre están abiertas y que el amor, poco menos que infinito, es prisionero en la vastedad de su alma. Julieta fue la primera mujer entre las mujeres. Dirá que fue la única de la que logró enamorarse en la plenitud de la palabra y un sentimiento de necesidad y de insaciable necesidad de posesión lo absorbió; entonces, idolatró el tiempo con ella y aprendió a no vivir sin su cercanía.

Ella, por supuesto, correspondió a su cariño mucho tiempo, pero fue en una noche gris, cuando sus miradas eran una sola y juntos jugaban al cíclope, cuando le declaró su amor. Sus palabras fueron sinceras y ella pudo notar su mano temblorosa y el estremecimiento de su voz; se quedó en silencio mientras acariciaba su mejilla y, cuando acabaron sus vacilaciones, concluyó con una frase mortal:

—No te enamores.

Usted, lector, si está atento, puede advertir la crueldad de esas palabras. Bastó una sola frase para destruir días y meses de amor. ¿Qué sentido tiene la vida si se prohíbe el amor? Cuando acabó de pronunciar esas palabras, soltó su mejilla y la dejó sola en medio de la nada.

Lo ha destruido y ustedes, ahora, pueden entender los motivos de sus actos. Que nadie lo juzgue, porque sus motivos son suficientes y hoy, al final de sus días, frente al patíbulo, puede ver el rubor eterno de sus mejillas.

Hoy le concede a la muerte un nuevo enamorado.

2.12 LA PROMESA ROTA

—El Juanito ha muerto, Pablo; te he dicho que ha muerto. Lo he visto caerse de la cuesta pedregosa. ¡Que Dios recoja en su seno al pobre; era tan solo un infante!

—...

—¿Por qué pones esa cara de indiferencia? ¿Me has oído, Pablo? Esa criaturita ha muerto y tan solo tenía quince añitos. Yo estaba con Luisa, por allá en la montaña; fuimos a recoger moras para la mermelada del domingo y pasamos por la casa de Deifilia. La vieja, infeliz, estaba gritando al Juanito y esa criatura apenas respondía. Con Luisa, nos quedamos viendo, escondidas en los matorrales, para ver qué pasaba.

—...

—¡Pero no pongas esa cara, que me enverracas, Pablo! ¿Qué tiene de malo que esté espiando a esa vieja? Yo solo cumplo con mis deberes civiles y, para que lo sepas, nadie en este pueblo quiere a esa señora.

—...

—Te decía que nos quedamos espiando, para ver qué pasaba, y resulta que el Juanito le estaba diciendo que no quería ser cura.

—...

—Te digo que eso mismo le decía.

—...

—No muevas la cabeza, que así es; Luisa y yo oímos eso, pero fíjate que el Juanito seguía firme; ya había resuelto no seguir el camino de Dios. ¡Imagina lo que eso significa, Pablo! Nuestro Juanito, el monaguillo, ¡tan lindo que se veía con sus manitos juntas en señal de pureza!, rechazando las apuestas de su padre, que en paz descansa.

—...

—¿No sabías? El papá le había pedido toda la vida que se fuera para el seminario, que se volviera cura, que pusiera en alto el nombre de la familia. Y, ahora, el Juanito, estaba incumpliendo la promesa a su papá.

—...

—¿No sé por qué, Pablo?; yo solo estaba escondida en los matorrales con Luisa. El punto es que no quería ser cura y la abuela le gritaba. Le dijo que se estaba burlando de la muerte del papá; que, por su culpa, el alma del papá ya no iría al cielo; que era un hereje, un ateo.

—...

—El pobre lloraba con dignidad. Lo admiro por eso, aunque fuera un ateo.

—...

—Claro, Pablo; ¡por supuesto!, era un ateo. O, entonces, ¿por qué no quería ser cura, si se lo prometió a su padre? Solo un ateo incumpliría una promesa de esas, que no te quepa duda.

—...

—Bueno, después de la gritadera, la Deifilia, que es su abuela, lo escupió a la cara y lo maldijo.

—...

—Sí, como te digo, la vieja le echó la maldición. Yo misma pude oírlo. Pregúntale a Luisa, si no me crees. Lo desterró y lo condenó a la mala suerte. Le dijo que iba a morir solo e infeliz y que tampoco podría ir al cielo, por incumplir una promesa a Dios y a su padre muerto.

—...

—No estoy segura de eso; con Luisa, nos fuimos con el corazón en la mano; lloramos todo el camino y andábamos como si estuviéramos de luto. Ese muchachito estaba condenado; sus lágrimas eran las de un nene.

—...

—Lo triste, Pablo, es que, cuando regresamos, vimos al Juanito, en la cuesta pedregosa, llorando. Cuando nos vio, quiso evadirnos, pero se tropezó con una piedra y rodó toda la cuesta hasta la quebrada.

—...

—No me pidas que no llore. Esa criatura rodó toda la cuesta y se golpeó la cabeza y su cuerpo de niño, hasta hacerse trizas. Cuando lo fuimos a ver, el Juanito estaba ensangrentado, con los ojitos aguados y con las manitos torcidas.

—...

—Sí, Pablo; es como te digo; y todo fue culpa de esa vieja malnacida; ella lo mató.

—...

—Que sí, hombre; ¡no me contradigas, que me enverracas! ¿No me has oído? Esa vieja lo maldijo, lo condenó a morir solo y mal habido, pero ¿sabes que es lo que más dolor me da? Que esa pobre almita jamás irá al cielo.

—...

—Sí, te lo he dicho. Ella lo maldijo y, además, él se volvió un ateo, o ¿tú crees que los ateos van al cielo?

—...

—Tu silencio es la mejor respuesta.

2.13 CONFESIÓN HALLADA EN LA MESA DE LOS LIRIOS

Hoy encontré al amor de mi vida y supe que iba a morir; un piquete perforó mi corazón y manchas de tinta negra rebosaron mis dientes; la conocí en esta ciudad fría del sur que parece fantasía; en la noche es un desierto huérfano, apenas iluminado por una luna tímida y pocas estrellas; la tarde, en cambio, es verde, y se puede sentir el sabor de un cielo seco y árido del que no se espera nada. Es difícil creer que, en una ciudad como esta, encontraría el amor, sobre todo por su aspecto miserable, sin posibilidad de romance.

También, es cierto que soy un hombre viejo, pero eso no importa; la realidad es que he sido feo, incluso antes de haber nacido; a un hombre le pueden perdonar todo, menos ser feo; ese acto de la naturaleza nos ha condenado a la soledad, a la vida en el olvido de las calles, a la deriva de los insomnios; lejos de la fuerza de los abrazos, condenados a la sequedad de los labios. Así, se han cansado mis ojos de llorar y la tinta se ha secado a la hora de escribir el último verso.

Por esa triste desventura, la observé desde la distancia, para memorizar sus pasos y el ritmo de sus hombros; cuando vi sus ojos, tuve que apretarme el corazón para no morir; pude ver la blancura gloriosa de su carne y su cuerpo esbelto, dueño de un alma pura y sincera. Caminé tras su sombra, casi perdido y huérfano, embriagado por el aroma de su cuello. La tarde era hueca y las nubes verdes parecían retazos de pan duro y seco; a la distancia se podía ver un sol amorfo, que se ocultaba entre las montañas; también, a la mujer, que caminaba con su paso firme y su sombra grande y densa.

El sol caía lento sobre la cima de la montaña y, con él, lentamente mi razón. Morir, vivir, volver a morir; absurda y ridícula es la realidad y, en mi desdicha, su sonrisa, una luz en medio de la oscuridad; la seguí, poseído por la desgracia del amor, pensando en cada uno de sus pasos y en la crueldad del mundo, creador de seres bellos y feos. La mujer proseguía dueña de sí misma, segura de sus pasos y de su hermosura natural; cuando, por fin, se detuvo, supe que había llegado el momento de hablar con ella; era consciente de que esas eran mis últimas horas en el mundo y tenía que aprovecharlas para confesarle mi amor.

Me acerqué, inseguro; la amé a cada paso; cuando estuvo frente a mí, la miré a los ojos y, con lágrimas, sentidas en el pecho, le confesé mi pasión. Ella me miró a la cara y pude ver, en su rostro, una mueca de desprecio; sus ojos revelaron un odio inmarcesible; sus labios se juntaron con sus pómulos, para hacer un gesto de asco y espanto; pude ver en su cara mi desventura, la verdad del universo.

Quiso decirme algo, pero yo me le anticipé; apreté su cuello con amor, para retener cada palabra en su garganta. Cuando, por fin, quedó en silencio, su rostro perdió su blancura natural y se tiñó del color verde de las nubes; la besé y la abandoné ante su puerta.

Después de amarla, mis manos confirmaron su nombre: Vanessa.

*

* *

Estas fueron las notas que Santiago Lagos encontró en una mesa de madera engalanada con lirios blancos; ante la mesa estaba el cadáver de un hombre, que había muerto ahogado con su propio amor.

2.14 LA HISTORIA DE MADAME LE PETITE Y EL INMORTAL BLANCO QUEVEDO

Nadie conoció nunca su verdadero nombre; hacer un registro exacto de su historia es un esfuerzo estéril y, aunque muchas leyendas circundan su nombre, lo cierto es que Armando Beltrán sí existió. Yo conocí de esa persona el 1 de mayo del 2015, en Tuluá, cuando los obreros de caña, luego de la manifestación tradicional, se reunieron en la taberna Candelita para narrar sus anécdotas. Fue entonces cuando Barbarito Peña, obrero de espaldas anchas y piel quemada, se refirió a la suerte de un tal Blanco Quevedo, el hombre que había muerto siete veces. El relato fue fantástico en varios aspectos y mi trabajo y curiosidad me obligaron a investigar la singular historia de ese personaje.

El hombre de muchos nombres

Dicen los sabios que el hombre solo tiene tres grandes momentos en su vida: su nacimiento, su matrimonio y su muerte; el problema es que Armando Beltrán nunca murió y no se conoce el nombre con el que nació. El primer registro de este hombre inmortal está en Riohacha, en 1932.

Un niño pobre, de diez años, con un bote robado, acudió al llamado del mar, pero una implacable tormenta destrozó el bote y hundió a la criatura y sus sueños al instante. La estatua del infante está en el centro de la ciudad, pero lo que interesa es que, al día siguiente, la familia López Quesada había rescatado a un niño de la muerte segura en el océano y, al haberlo adoptado, decidieron bautizarlo con el nombre de Juan López.

Años después, aparece Juan López como desertor del ejército nacional y se fuga a Boyacá, en 1942. Allí se conoce la popular historia de Javier Caicedo, un joven alto, de barba pronunciada, al que habían dado de baja del ejército por su crueldad desatinada; este hombre desató la ira del gobernador, Don Cástulo Cisneros, por embarazar a su hija de 15 años sin la bendición de Dios.

El joven Javier decidió internarse en el monte, para escapar de la ira de don Cástulo y, al llegar a los municipios cercanos, estableció relaciones con Aureliano Arturo, quien sería el jefe de las fuerzas liberales de la zona; más tarde, se lo conoció con el seudónimo de Tito Vélez y, por su participación en el sitio Tunja, que dejó 70 muertos y 120 heridos, entre ellos el ex gobernador y jefe conservador Cástulo Cisneros. Los chulavitas tomaron venganza meses después y, en 1948, alcanzaron a Aureliano Arturo con sus tropas, que se encontraron, al día siguiente, llenas de plomo.



Figura 4. Rostros de la historia.

Ese mismo año, Catalina Quintero recibió a un hombre herido en su casa y, después de cuidar sus heridas, decidieron escapar de la violencia e irse a La Macarena.

El matrimonio

En el Caquetá apareció Catalina Quintero con Pedro Urbina; juntos compartían la amargura de la pobreza y la evadían con todo tipo de trabajos, los legales y los ilegales. Catalina era una mujer de astucia incontrovertible y, en 1952, se encontró con la noticia relacionada con una tal Madame Lepetite, en el diario *El mañanero*, del Caquetá.

La historia trataba sobre una mujer francesa, que había viajado con su esposo para explotar el caucho colombiano; su marido había muerto víctima de la malaria y había dejado a la pobre abandonada en las tierras extrañas del Caquetá. La mujer, a la que conocían como Madame Lepetite, había pagado para que, en los periódicos, se difundiera su triste historia, y Catalina, con su genio habitual, había concluido que el anuncio se había publicado con la intención de buscar un nuevo marido para la dama francesa.

Entonces, Catalina le hizo todo tipo de arreglos a Pedro Urbina, transformó al sarnoso en un buen mozo y su nombre lo cambió por el de Blanco Quevedo. Cuando llegaron a presentar sus condolencias a la infortunada, ya se había escrito el guion; solo había que seducir a la mujer.

Blanco Quevedo siguió al pie de la letra las instrucciones de Catalina Quintero y, en tres meses, se celebró el matrimonio; la felicidad de Blanco no podría ser mayor, pues se había casado con la mujer más bella de la zona y era dueño de una cuantiosa fortuna. La suerte les había sonreído a ambos.

Meses después, se encontró el cuerpo de Catalina Quintero en un potrero sucio, donde se tiraban los desperdicios del caucho. Lo que Blanco y Catalina no calcularon fue el resultado de los celos inconmensurables de Madame Lepetite; la francesa había advertido la amistad de su esposo con la india como una amenaza para su reputación y matrimonio y, sin medir las consecuencias, mandó a que mataran a su rival.

Blanco no dio con el culpable de la muerte de su única amiga sino hasta el día en el que confesó, víctima de los excesos de aguardiente, que Catalina era, también, su amante más deseada. Madame Lepetite no podía consentir el insulto y mandó a que mataran a Blanco Quevedo.

La no muerte

La leyenda de la suerte de Blanco Quevedo, el hombre que había muerto siete veces, se origina aquí. Madame Lepetite contrató a los más fieros bandidos para que se encargaran de

liquidar al hombre que había manchado su honor. Tres de ellos habían muerto en el intento, cuatro habían regresado victoriosos y ninguno de los siete había logrado matarlo.

Jaime Mejía relató que había salvado a Blanco Quevedo de una muerte segura cuando una bala le había perforado su pecho. Juan Ahumada fue testigo del salto de Blanco Quevedo en el risco de Santa Helena, cuando un bandido lo había arrinconado con una escopeta; la caída debió matarlo. Margarita Duarte había visto las tres puñaladas que recibió Blanco Quevedo a manos de Simanca, un conocido esbirro de Madame Lepetite.

La historia se esparció por todo el suroccidente y se mezcló con la fantasía popular; Blanco Quevedo fue el hombre que burló siete veces a la muerte.

En 1960, Madame Lepetite decidió envenenarse para matar la desesperación y el deshonor. En 1961, desapareció todo rastro de Blanco Quevedo. En 1970, en la espesura del Amazonas, se conoció la historia de Armando Beltrán, el primer hombre que se había salvado de la malaria.

2.15 LAS MISAS DE LA POBREZA

A Fernanda le dieron ganas de tomar, así que llamó a Paulo y Felipe, sus mejores amigos, los únicos que tenía; era su costumbre pernoctar el último viernes del mes; era un rito que le había dejado su padre, un mujeriego de conocida pompa que la había abandonado cuando tenía doce años. Ella, por supuesto, lo amaba y, por esa razón, había crecido copiando muchos de sus actos. La única herencia que le dejó su padre fueron tres vicios incurables: el hipo en la borrachera, el acento en las vocales intermedias y la soledad de los domingos.

Todos llegaron a la hora acordada y ya era lo suficientemente tarde como para sentir la sed que solo calman la cerveza y el aguardiente; llamaron a la mesera y pidieron lo habitual. Mientras tanto, Paulo ya había empezado la charla.

—Estoy escribiendo un libro. Cien cuentos de cien palabras; ya voy cincuenta. La empresa es ambiciosa, por supuesto, pero todo poeta, ensayista, imaginador, cuentero, fantasioso, delirante, etc., es o ha sido ambicioso. Y me corrigen si no es cierto, pero la creación jamás la van a plantear personas que no se atrevieran a imaginar. Todo, en resumen, es poesía y, para hacer poesía, hay que arriesgarse.

—Puede ser, —intervino Felipe, mientras servía las primeras copas de aguardiente—, pero no te arriesgas mucho. Tus cuentos son todos de lo mismo.

—¿Y qué si lo son?

—Pues, que no arriesgas nada.

—Dices tonteras. Tú sabes que, en literatura, solo se puede hablar de tres cosas.

—No vengas con tus rulfadas, que estamos muy jóvenes para eso.

—Nunca has entendido nada.

—Más bien, dime qué hicieron los del *boom*, si no fue hablar de todo.

—Si pusieras atención, podrías catalogar cada una de sus letras.

—No es así. Ayer terminé la historia de un brasilero que había muerto tres veces y una sola vez al mismo tiempo. Se puede hablar de todo. Yo soy cortazariano en la teoría.

—¿Es eso posible? ¿La literatura puede hacer eso?

—Sí, pero tú no te arriesgas.

—Yo estoy de acuerdo con Felipe —terció Fernanda—; hay muchos temas de los que se puede hablar. Yo no sé nada de letras, pero hay cosas que duelen más.

—¿Cómo qué?

—La pobreza, por ejemplo. Ese es el tema más doloroso de todos; más que la muerte; más que la vida; más que el amor. —Los tres quedaron largo tiempo en silencio, mientras Felipe, que era el más diestro para servir licor, repartía las copas. Fernanda pidió boleros y Paulo empezó a titubearlos.

Un aire de nostalgia recorrió la mesa y cada uno empezó a recordar los episodios más amargos de su pasado. Felipe habló de las Navidades grises y Paulo del chocolate que solo se servía los Viernes Santos. Fernanda habló de su cumpleaños en la casa más miserable de todas, la de su tía, que día a día le cobraba las monedas de la dependencia. Su mamá le había regalado su primer libro, una copia barata de *El coronel no tiene quien le escriba*, y su tío había llevado pollo asado, que acompañaron con una velita de eucaristía, para celebrar. Volvieron a quedar en silencio.

—La pobreza tiene su encanto, —dijo Felipe.

—Duele más que el amor, —añadió Fernanda—; te quita la inocencia, la infancia y a tu padre.

—Pero te regala el valor de disfrutar de las cosas simples. ¿O no fue ese el mejor cumpleaños que has tenido? —le preguntó Felipe.

Fernanda asintió con la cabeza, mientras lloraba por el recuerdo de una infancia difícil. Ya había empezado a sufrir del hipo, que señalaba la escasez de las botellas. La noche cantaba boleros más hondos y sentimentales. Paulo pedía más aguardiente en el bar, mientras Felipe lloraba con lágrimas gruesas el dolor de su amiga.

—La pobreza sabe a papa cocinada y a colchón de paja. La literatura aún no sabe de eso —dijo Fernanda.

—Es porque no quiere saber, —señaló Felipe.

—¡Brindemos por la pobreza!, — exclamó Paulo, que llegaba con una botella de aguardiente.

—¡Por las misas de la pobreza! ¡Salud! —dijo Fernanda.

—¡Salud! —dijeron todos.

Los tres siguieron en la plática toda la noche. A veces, con risas; otras, con llanto. A la mañana siguiente, Paulo y Felipe se despidieron de Fernanda; ella se quedó sola, esa tarde de domingo, pensando en ese coronel, que tampoco tenía quién le escribiera.

2.16 EL OLOR DE LA GUAYABA

Como todos los hombres de Pasto, ha sido un buen amante; como todos, ha ido a la guerra; también, conoció, en 1933, el color del Amazonas en la aurora, el aguardiente, el oprobio, las trincheras. Apenas tenía veinte años y ya había probado el honor de disparar el fusil por la defensa de la soberanía patria. Su primera muerte fue a las seis de la mañana, cuando el sol lanzaba los primeros rayos y le permitió ver, entre los matorrales selváticos, un casco enemigo que se asomaba por los linderos fronterizos. La bala le atravesó sin piedad el ojo izquierdo y penetró por el agua amazónica hasta llegar al núcleo hirviente de la tierra. Ese primer disparo inició las ocho horas de batalla en Güepí.

No se pretende narrar la vida de Luis Iván Rengifo; tampoco, justificar los sucesos que lo llevaron a prisión en agosto de 1933. Solo se van a mencionar algunos hechos significativos de la vida de este hombre, para ilustrar a las generaciones venideras sobre las verdades de Güepí. Es cierto que se ha optado por olvidar estos sucesos, pero, para efectos de honrar la memoria de María del Mar, se escribe el siguiente relato, con la esperanza de que, con el tiempo, también lo fuese para mí.

Las tropas avanzaron con seguridad, para repeler las ofensivas enemigas; en la tarde, el terreno ya era seguro. Los cambuches se armaron en la retaguardia y las mujeres empezaron a parar las ollas para la cena. Los refuerzos llegaron al atardecer, bajo la dirección del comandante Santander, quien no pudo evitar desenvainar su botella de aguardiente para celebrar el merecido triunfo por la dignidad nacional.

El comandante le sirvió su primer trago y el líquido, que pasó hirviente por su garganta, le recordó el disparo que había hecho con su fusil en la mañana.

—La primera muerte es la más difícil, —dijo el comandante Santander, mientras servía aguardiente—; después, los dedos se acostumbran.

Los dos bebieron con todo el pelotón, hasta cuando María del Mar, la jefa de cocina, anunció la cena. La mujer era una ancuyana, de piel lisa y pelo espeso; tenía el olor de las arvejas en su mano y, en su cabello, el olor del orégano.

María del Mar cocinaba con el corazón; en su comida, había una magia misteriosa; incluso podía alimentar al espíritu. Esa tarde, no pudo evitar el llanto sobre la sopa, al recordar su hogar, oculto entre las montañas andinas. Todo el ejército, en Güepí, esa noche, olvidó la guerra; unos recordaron los primeros susurros maternos; otros sus primeros días de infancia; todos disfrutaron esa comida mágica, llena de sentimientos, mientras lloraban por la alegría de estar vivos.

Esa noche, todos durmieron abrazando a sus recuerdos.

Un olor dulce y rosado despertó a Luis Iván a mitad de la noche; cuando caminaba entre la espesura selvática, encontró, en un riachuelo, el cuerpo desnudo de María del Mar; se acercó por la espalda y la tomó entre sus brazos. El cuerpo de la mujer tenía el olor de la guayaba; Luis Iván recorrió con su boca la figura de María del Mar para saborear cada gota de dulce, hasta sumergirse en las profundidades del Amazonas.

Así pasaron todas las noches de esa guerra feliz, entre la espesura selvática y el aroma de mujer.

Es cierto que Luis Iván y María del Mar fueron amantes, aunque no todos lo sabían. Aprovecharon cada noche y cada sonido del agua en el riachuelo para escapar del mundo y disfrutar de los cuerpos desnudos y de la guayaba, que es el aroma del amor; también, es cierto que era el desayuno lo que llenaba de valor a los hombres; después de comer, todos recordaban a las amantes que los esperaban en sus casas. Todo el calor y la pasión que sentían por el cuerpo de sus mujeres fluía por la sangre de los militares y los tornaba ansiosos de regresar a los brazos amados. En esa guerra, ningún compatriota murió. Las trincheras se armaron con diligencia; los fusiles, todos, fueron certeros; incluso se tenía compasión con los prisioneros y se les permitía que escaparan, para que regresasen a casa con sus mujeres. En esos días, la comida de María del Mar era milagrosa; nadie creía en la estrategia militar ni en los altos mandos ni en la calidad de los fusiles. El sabor de esa comida ganó la guerra.

En abril del mismo año, las tropas enemigas lanzaron un ataque aéreo; el intento no pasó de ser un esfuerzo desesperado; el contraataque, en cambio, fue letal; las tropas nacionales acabaron con los últimos reductos enemigos. Luis Iván fue el soldado más diestro y capaz. A la semana siguiente, los enemigos declararon la rendición.

La celebración duró más de una semana; el aguardiente caía del cielo en gotas de lluvia; la música la orquestaron indígenas y campesinos.

El último día de festividad, el comandante Santander mandó que encerraran a Luis Iván en el calabozo; aprovechó el cautiverio para buscar a María del Mar y seducir con su lujuria el aroma de su corazón; ella se resistió con fuerza y nadie podía ayudarla, aunque los corazones se oprimían de dolor. El comandante la golpeó varias veces antes de empujarla al suelo y, cuando sus manos tocaron el cuerpo de la mujer, una bala le destrozó la cabeza.

—En cambio, la última muerte, es la más fácil, —dijo Luis Iván, antes de que lo arrestaran.

En agosto de 1933, a Luis Iván lo llevaron a la cárcel por rebelión y homicidio. La historia lo condenó al deshonor por haber traicionado a la patria. En noviembre de 1983, murió, en su celda, con la marca de la vejez en los ojos y, en su mano, una guayaba pequeña y rosada.

María del Mar murió en 1950, en la selva de Güepí, abrazada al recuerdo de lo que pudo haber sido y nunca fue. La mató una bebida de anís, que sabía a soledad.

*

* *

Yo liberé a Luis Iván del calabozo del comandante Santander...

2.17 SAQUIANGA

A Julieta Hidalgo

Quienes escriben o predicán que a Sodoma la destruyó la ira de Dios, cometen un error. Mucho se ha dicho sobre ese pueblo, pero todas las versiones son falsas. Además, en el Pentateuco, que se conoce, hay imprecisiones. Lo sé porque el patriarca Moisés escribió el libro original y su hermano Aarón creó una copia con fallas. La versión original la guardó en el arca que Dios regaló a su pueblo y que, después de la quema del palacio del rey Salomón, se perdió en la historia.

Sé que lo que digo parece extraño, pero, para efectos de alcanzar credibilidad en esta historia, diré que soy el único que sobrevivió a la extinción de mi pueblo. La humildad y la prudencia me valieron la salvación.

En 1946, arribó un buque inglés a las costas de Saquianga; la mayoría de los extranjeros que pisaron esa costa murió por la cólera, al día siguiente; era de esperar su muerte, pues Saquianga era un pueblo pestilente y sin salvación; por las noches, la marea traía el olor de todos los hombres del mundo que habían muerto en altamar. En cambio, el día era árido y el sol parecía que se pusiera sobre la cabeza de cada persona. Por eso, este pueblo es poco habitado; apenas vivían unas cien personas y la tierra era tan infértil que ni los niños crecían.

A Romeo se le había encargado de inspeccionar el barco; cuando terminó la tarea, se le vio regresar al atardecer con un libro de cuero negro en el brazo y la cara pálida y desdichada. Todos esperábamos en la casa parroquial los tesoros del barco inglés. Cuando Romeo llegó, se le tiró de rodillas al padre; le confesó que estaba endemoniado, porque cuando leyó el libro había entendido todas las palabras, aunque estuviera escrito en un idioma que él no conocía. El padre lo analizó, ante la mirada de todo el pueblo; después de un tiempo, confirmó que el libro estaba escrito en arameo. El padre guardó silencio y, al terminar, alzó el libro entre sus manos y se dirigió a todo el pueblo y, con voz solemne, dijo:

—¡Contemplad el lenguaje de Dios!

El padre se encargó de estudiar el libro. Yo también participé en el estudio, porque, desde niño, había asistido al padre en las labores eucarísticas. Los dos supimos que se trataba del Pentateuco, pero no del que conocemos, sino de un libro que era divino, de verdad. En él, se describía y narraba el orden exacto de los días de la creación: la historia de los primeros hombres en el jardín de Adán; la vindicación de Caín; la geometría del Sinaí; todos los atributos de Dios; en especial, el de la eternidad; es decir, el conocimiento de todo lo que fue, es y será. El verdadero nombre de Dios también estaba en las páginas y se componía de letras y números perfectos, encerrados en la circunferencia, que es la forma perfecta, la primera y la única forma posible.

El padre estaba excitado, no tanto por el descubrimiento real del lenguaje de Dios y su verdadero y único nombre, sino, más bien, porque recordó el célebre aforismo del Nuevo Testamento: “*Petite et accipietis. Quaerite et invenietis. Et pulsanti aperietur*” (Pedid, y se os dará. Buscad, y hallaréis. Llamad, y se os abrirá). El padre cerró los ojos y pronunció el nombre de Dios. En la puerta, se oyeron tres golpes. Yo dejé la parroquia y el padre se quedó solo, librado a la suerte de sus deseos.

Al otro día, en la puerta de la parroquia, todo el pueblo aguardaba por la gracia divina. El padre se había levantado satisfecho y, cuando abrió la puerta, miró a todo el genterío en espera del libro. Las excusas del padre poco le valieron a la multitud, pues todos esperaban conocer el nombre de Dios y, también, pedir sus milagros.

Juanita Tobar pidió que el mar no oliera a muerto añejo, sino a rosas de abril. Ortiz, el pescador, pidió que el mar diera peces grandes y dulces. Zorba Guillermo, pidió que le dieran animales de corral y cacao para cultivar. Camacho, que era el alcalde, pidió una casa grande para gobernar con dignidad.

Esa noche, todos durmieron felices. Por primera vez, el olor a rosas del mar llenó los corazones de optimismo.

Dos días después, Lulú Silva, que era la mujer más terca del pueblo, pidió la mansión más grande del país, con alfombras persas y puertas de roble fino. El alcalde le recriminó su autoridad civil, pero a Lulú poco le importó; nadie nunca le había podido ganar en una discusión y, cuando se enojaba, no había poder humano que la convenciera de lo contrario. La entereza y la dignidad de esa mujer le dieron el valor a Teresita Dávila para que pidiera una casa grande, con juegos y comida para criar a los hijos, que había pedido hacía dos días. Andrés pidió un buque grande, para navegar en altamar. Tobías pidió ser el hombre más rico del mundo.

Todos pidieron cuanto pudieron; Camacho, al mostrar su buena voluntad, pidió la mejor y más grande fiesta del mundo.

Yo soy negro por naturaleza y pobre por convicción. Mi abuela Celia me enseñó que la pobreza es una virtud que Dios concedió a los hombres de bien. La riqueza, en cambio, es un don del diablo. Por eso, me conformé con pedir el conocimiento de la historia del libro. Después, me marché a una loma grande y distante, desde la que se podía ver el pueblo y el mar de rosas.

La fiesta tenía toda la diversión posible. Las mujeres llevaban sus vestidos de princesas morenas; los hombres, sus camisas de seda. Los ancianos habían rejuvenecido a sus días de pescadores fornidos. Una alegría de gente negra y costera se mezclaba con ese aroma de

rosas y esperanza. Nadie pensó en las desdichas pasadas, ni en el libro del patriarca Moisés, ni en el nombre de Dios.

A mitad de la noche y en medio de la alegría de la costa, a Víctor, el loco, que era el único sobrio de la fiesta, se le ocurrió la gracia de pedir una lluvia de piedras y fuego sobre el pueblo.

Yo contemplé todo desde la distancia. Murieron felices y esperanzados.

2.18 LAS MEJILLAS ROJAS DE SAR-AH, LA FALSA PROFETISA DEL SOL

A Valentina Rodríguez

El conocimiento sobre los orígenes del mundo les está prohibido a los hombres y, por eso, todo indicio del verdadero génesis está en las palabras que la divinidad ha enterrado en las profundidades ígneas del sol. Solo a los profetas les ha sido concebida la gracia de ver de lejos las prolijas palabras de la divinidad; sobre ese saber no tengo ninguna evidencia, salvo la de la profetisa Sar-ah, que llegó de los desiertos dorados de oriente hasta las tierras fértiles del Valle de Atures, en el año 530 antes del ocaso de Qupacat.

Sobre este hecho quedan escasos registros y solo dos ofrecen claridad para su estudio:

1) Los testimonios escritos de Pedro Cieza de León (1520-1554) que, al referirse a los territorios de los quillasingas, anota:

Hay ríos todos de agua muy singular, y se cree que tendrán oro en abundancia. Un río de ellos está entre Popayán y Pasto, que se llama río Caliente...; según dicen los naturales, aquí arrojaron el cuerpo de la profeta infame Sar-ah para pedir perdón a Apu-Qun-Tiqs-Inti.⁴⁷

2) El Cantar de los volcanes, que reza:

Mocondino y Bejendino; Buyzaco, Guajanzangua y Mocoxonduque; Guacuanquer, Pastoco y Macaxamata acogieron a las palabras de la falsa profeta y enojaron al dios Sol, luego El taita arrojó fuego sobre las tierras y purificó a los hombres.

Tales son los hechos que confirman la existencia de la profetisa Sar-ah.

De los estudios que he hecho sobre este tema y los recientes hallazgos que datan de la llegada de una mujer de oriente a las tierras de los quillasingas, puedo concluir lo siguiente:

El Cantar de los volcanes se refiere a la profetisa como una mujer de voz dulce que bajó de la montaña de fuego, en el año 530 antes del ocaso de Qupacat. La mujer descendió con gracia y majestuosidad y pronunció palabras en un lenguaje desconocido para los nativos. Ella era, según narran los poemas, una mujer baja, de pelo azabache, largo hasta la cintura; sus ojos eran oscuros como la profundidad de la noche y el color de su piel jugaba entre la blancura helada que cubría la cumbre del volcán y los dorados campos de trigo que engalanaban las praderas; sus labios eran del fuego místico que yace en el interior de las montañas y su presencia hacia enmudecer el eco de los vientos del sur.

Los nativos la amenazaron con temor, pero Sar-ah pronunció unas palabras tan dulces, que tranquilizaron los corazones. Se presentó como la última profetisa del sol, que había sido enviada para que proclamara la verdad y erradicara de la tierra a los falsos dioses; pidió oro

⁴⁷ Dios del sol.

y esmeraldas y mandó elaborar un atuendo púrpura, que era el color de los dioses. Algunos sacerdotes y ancianos, que la señalaron de hechicera, y otros, de impostora y falsa profetisa, pidieron castigos y la muerte.



Figura 5. La hija del sol.

La mujer alzó los brazos con poder y la tierra tembló levemente; de las montañas bajaron un oso y un jaguar, símbolos inequívocos de la divinidad. Todos reconocieron los dones divinos de la mujer, se hincaron ante ella y le juraron devoción.

Así empezó la primera guerra divina de los quillasingas; con espadas y fuego proclamaron la grandeza de su profetisa, saquearon pueblos y mataron a cuanto opositor encontraron. Se extendieron de norte a sur y de oriente a occidente, para enseñar la nueva doctrina del dios y proclamar una nueva verdad.

La majestuosidad de Sar-ah aumentaba y no había nadie en los Andes y el Amazonas que no conociera a la cruel hija del sol. Cuando llegó el día de la última luna del año del oso, Sar-ah se proclamó diosa del fuego, hija legítima del sol. Así la reconocieron todos y ella prometió paz y miel a los hijos de las vastas tierras de Atures.

Cuando regresaron a Urcunia, después de la campaña de purificación, en el noveno día del noveno mes del noveno año, para dar gracias a la montaña, se encontraron con una emboscada. Sar-ah y sus adeptos se encerraron en una torre y, en espera de la gracia del sol, se quedaron tres días y tres noches; al cuarto día, un hombre advirtió las mejillas rojizas de la diosa quemadas por el frío y, al acercarse a ella, con temor la cortó en una mejilla; la sangre brotó de su rostro y Sar-ah lo explicó como una señal divina, pero, entonces, dos lanzas le atravesaron el pecho.

En el año 529, antes del Ocaso de Qupacat, arrojaron el cuerpo sin vida de Sar-ah al río Caliente, como ofrenda al dios del sol en señal de arrepentimiento. En el año 528, antes del ocaso de Qupacat, reza el Cantar de los volcanes, todas las montañas arrojaron fuego y cenizas sobre los quillasingas, para purificar sus almas.

El primer registro que se tiene de la activación del cinturón del fuego en Colombia y Ecuador corresponde a la historia de Sar-ah, la falsa profetisa del sol.

2.19 EL ENEMIGO SECRETO

Jacobo, tendido en el suelo, con una mano en el vientre y la otra en el pecho, abrió los ojos y miró el cielo de octubre. A su lado, había un árbol joven, pero maltratado; se oía el sonido de un pobre murmurar de cuerdas y un aroma a maracuyá caliente, que salía de la casa. Le costó recuperar la realidad; poco a poco fue entreabriendo los ojos para reconocer los colores de la madera, los sonidos de la cotidianidad y el lento caminar de las nubes en el cielo. Miro, sin lástima, su cuerpo deshilachado, una sensación de inutilidad le golpeó el corazón e intentó en vano quitarse el trapo con sangre que tenía sobre su vientre. Frente a él, más allá del jardín con hortalizas, se veía la cordillera; había dormido mucho, pero aún había luz en el cielo. Con su brazo izquierdo trató de empujar su cuerpo hasta el árbol; no le importó el dolor del movimiento, ni la sensación de barro en su mano; logró, por fin, después de mucho esfuerzo, recostarse contra el árbol. De la casa seguía saliendo el sonido molesto de la guitarra; el aroma a maracuyá tenía, también, canela y aguardiente.

Jacobo pertenecía a la última generación de asesinos que mataban con cuchillo y no con revólver; eran unos matones románticos que, en las tabernas, preferían el tango al bolero; había soñado con su juventud en la cordillera, los tropeles en Guaitarilla y los amores de vereda. Él y su banda de delincuentes eran eficaces; en esa época de juventud, poco importaba la muerte.

Pasó el atardecer ante la cordillera de nubes naranjas, que más bien parecía un fuego otoñal; cuando el cielo oscureció, Jacobo vio, después de muchos años de banalidades, las estrellas del firmamento y un aire de nostalgia entró en sus ojos y los cerró para no llorar.

Pasó lo que pudo de la noche mientras pensaba en su enemigo secreto, el que lo había apuñalado a traición. El enemigo debía ser un profesional, puesto que la puñalada había sido cuidadosamente calculada para no matarlo, sino para tenderlo en el suelo y se desangrara poco a poco. Hizo una lista de todos sus posibles enemigos, pero todos habían muerto. En su trabajo, siempre fue impecable; nunca dejó un hilo suelto. La ansiedad y la incertidumbre de conocer el rostro de su asesino lo mantuvieron despierto, hasta que su cuerpo se fatigó.

Despertó a la mañana siguiente con un cielo despejado, que le recordó la soledad de América; aceptó la parálisis de su cuerpo como el advenimiento de sus últimas horas; las aves y roedores se habían acostumbrado a su ser inofensivo y se paseaban sin temor, cerca de su cuerpo. Jacobo, jefe de los cuchilleros, recordó sus amores pasados; nunca había sufrido los desdenes del amor o la venganza; sin embargo, estaba acostado en el suelo, con la carne de su vientre abierta. Hubiera querido vivir lo suficiente para conocer con anticipación el rostro de su asesino y encararlo a duelo con el cuchillo. Miró el cielo y vio el halo solar con sus colores variados; supo, entonces, con un aire de premonición, que la

lluvia vendría pronto, o que su muerte estaría próxima. Se tocó con la mano izquierda su vientre y notó que su sangre estaba coagulada; tanteó el terreno con su otra mano, para sentir, con sus dedos, la tierra que lo había visto nacer. Sus labios secos y sus ojos encandilados por el sol del mediodía le hicieron sentir el miedo natural a la muerte, que en sus días de juventud no había llegado a conocer.

Una mujer, de tez mestiza, abrió la puerta de la casa; a Jacobo le costó reconocerla y, con señas, le preguntó si era la ejecutora; la mujer hizo caso omiso a las preguntas del moribundo, buscó un banquito de madera que encontró tras el árbol y se sentó frente a él. La cordillera iba cambiando de colores conforme el sol cambiaba de lugar; las montañas parecían crecer o achicarse; la sombra del árbol parecía el minuterero de un gran reloj que esperaba detenerse a la hora indicada.

Cuando Jacobo despertó, después de largas horas de sueño, encontró a la mujer sentada frente a él. Era joven, no solo por su cara, sino por el sonido de su corazón, que era el único ruido que se oía en ese atardecer.

—Por fin, —murmuró Jacobo, mientras intentaba incorporarse con sus últimos esfuerzos. La mujer era dueña de una belleza insospechada; el color de su piel parecía ser el de la canela mojada o el café tostado; sus mejillas sabían a arequipe y el aroma de su cuerpo era el olor del chocolate mañanero. Jacobo la vio por largos minutos, mientras intentaba descifrar su belleza; su pelo lacio y espeso le llegaba hasta la cintura, delicadamente delineada por el pincel de la naturaleza; sus manos, finas y delgadas, reposaban sobre un pecho grande y elegante que parecía de ámbar; el cuello desnudo de la mujer dibujaba la línea que separa sus pechos de las fronteras ovaladas del horizonte. Jacobo recordó la cordillera, la altura de las montañas y la miel del centeno. Toda la geografía femenina era perfecta y el color de su piel sobresalía por sobre todas sus demás cualidades.

Jacobo guardó silencio, no por el dolor de la herida ni por la muerte inminente, sino por la gracia de la mujer. Sus ojos tenían ira o nostalgia y estaban hechos de cacao oscuro; a su mirada la acompañaban unas pestañas largas, que parecían plumas de colibrí, y un par de cejas largas y curvadas, que le daban un aire de seriedad inamovible. La mujer, después de una larga espera y después de una mirada fija y penetrante, habló:

—Por supuesto que no me recuerdas; ya pasaron bastantes años desde que me dejaste sola y huérfana, a la deriva de mi amor. Creías que yo era débil. —Jacobo apenas prestó atención a las palabras; los labios rojos de la mujer se movían con una sensualidad armoniosa. Hubo un largo silencio; después, Jacobo replicó:

—Estoy acostumbrado a ignorar. He esperado por años, pero nunca pensé que una mujer lo hiciera.

—Machista, como todos los hombres, y, también, cobarde. —La mujer se paró y le lanzó el chuchillo al pecho. Jacobo vio, con un sentimiento de fraternidad, el objeto curvado, con sangre seca en la punta.

La noche ya empezaba a aparecer y las cordilleras parecían siluetas que se perdían en la nada. La mujer le dio la espalda y, con un ademán, se despidió; lo dejó solo ante su desgracia. Jacobo la vio marcharse y solo reparó en su cadera firme y esbelta. La noche ya estaba en el cielo, en el último de los horizontes, mientras la figura de la mujer desaparecía. Y Jacobo la amó y murió.

2.20 LA VINDICACIÓN DE CAÍN

Mi padre es Adán, el primero de Dios; a mi madre, Eva, la han acusado injustamente de desobediencia y condenado a la sumisión y al dolor. En cuanto a mí, me condenaron a errar en el vasto desierto con el que Dios castigó a mi madre. Sé que me acusan de necedad y, además, de traición, pero esas acusaciones, que ahora resultan irrisorias, las he justificado con amor.

Ahora que mi castigo llega a su fin y se me ha permitido la gracia de morir, acaso de sed, acaso de soledad, puedo justificar las razones del crimen, por el que se me castigó.

Me he declarado culpable de todo: el asesinato de mi hermano Abel, la deshonra infligida a mi padre Adán (a quien rebauticé Nada) y la fidelidad a las enseñanzas de mi madre Eva (a quien rebauticé Ave).

Mañana, cuando la última luz del ocaso perezca, yo he de morir; es natural que hiciera un examen de conciencia, ya que, dentro de poco, abrazaré la muerte.

En el momento de la sentencia de Dios, no pronuncié ninguna palabra; contemplé el rostro de la divinidad con la firmeza con la que mi madre enfrentó su castigo; tampoco imploré el perdón, ni pedí su clemencia; hacerlo hubiera resultado un insulto a la naturaleza de mis actos. No existe culpa en mi corazón y, quienes escuchen mis palabras, entenderán el destino del mundo y la historia del pueblo que establecí sobre la tierra.

Yo, Caín, el desterrado, fundé el primer pueblo; lo vi surgir y lo cobijé bajo un manto de arena. Lo he llamado Enoc. Abracé con amor a los hombres y vi todas sus vicisitudes; vi caer hasta la última piedra de la ciudad que construí y la vi surgir de nuevo, con otros nombres y otros reyes. Los he perdonado y los amé más. La ciudad que establecí no constituye un lugar, sino todos los lugares. Yo he de morir y también los pueblos que he cosechado, pero, ante todo, mi pueblo, el primigenio, es un símbolo de poder, una enseñanza para todas las generaciones.

Nada vivió con su cabeza inclinada, con la impotencia de no poder gobernar su vida y asir en sus manos el poder de controlar su destino; la pereza, que es el mayor de los males, lo convirtió en un animal del Edén. Mi madre Ave fue la primera filósofa y, además, la primera poetisa; Dios la castigó porque dio a sus hijos los dones del saber. Por eso, mis años de aprendizaje fueron difíciles; entendí, en mi juventud, que mi corazón estaba con todos los hombres, por eso me alejé de las enseñanzas de mi padre. También, me han sido ajenos los dones de la violencia y, como hermano mayor, juzgué no violentar ninguna especie viva, así que me dediqué a labrar las tierras y a cultivar los frutos del campo.

Mi hermano Abel, por el contrario, fue el pastor, que acogió la creencia de mi padre y violentaba los rebaños con sangre y muerte. Por eso, cuando Dios pidió la sangre de nuestro carnero más bello, yo me opuse. Mi hermano Abel nos hubiera entregado de nuevo al jardín del Edén, pero yo, Caín, el desterrado, me opuse y, antes de que ofrendara toda la servidumbre de los hombres, le arrebaté la vida. Su muerte fue, ante todo, un acto moral, un acto de amor hacia todos los hombres. Mis acciones deben entenderse como la renovación de la filosofía de mi madre. Este mundo, que es un valle de lágrimas, merece hombres nuevos, con poder para gobernar sus vidas y espíritus; yo les he dado ese poder.

El castigo de Dios lo he tomado con cariño. Ignoro si las generaciones venideras entenderán que, si destruí el perdón de Dios, fue para destruir la servidumbre del hombre. Yo les he legado el futuro y la libertad. Sobre esta piedra, sobre la que edificué mi pueblo, he construido el mundo para los hombres. He caminado durante 10.000 años en el desierto, al que se me condenó, y en este desierto he desobedecido a Dios y he construido mi pueblo, lo he amado, lo he visto crecer, llorar y ser feliz. Caminé con Abraham, Moisés y David, y sus hijos, que son también mis hijos, algún día se encontrarán, porque todos son uno y yo soy su padre.

Sobre nuestros hombros caerán días implacables; la ira y el desasosiego llegarán, pero nosotros, que ya nunca más seremos víctimas, permaneceremos en esta tierra, que es nuestra y perdurará hasta el fin de los tiempos.

Desde el Sinaí contemplo el horizonte, como si buscara mi alma en el infinito, acaso sin saber quién puedo ser. Cuando me encuentre con la muerte, a quien quizás le tengo miedo, le enseñaré que, en mi largo viaje, los he amado a todos.

En mí, no hay arrepentimiento.

*

* *

Apéndice que el cura Joseph Ritch leyó en el Pentateuco original, antes de morir por el cólera, en las costas colombianas.

2.21 LOS RECOLECTORES

Estoy sentado en la plaza, junto a la gobernación, esperando a que la gente aparezca. Es un pueblo sórdido, lento, de apariencia febril; el viento viene helado desde el sur y el cielo tiene color de ojos ciegos. Se distingue a lo lejos la cima del volcán; está nublado, solo es una mancha en la distancia. La noche pasada me llamó Paulo, agitado y con voz ronca; me pidió que llevara las listas y los lapiceros, que tenemos que recoger las firmas, que ya no hay tiempo. No duró mucho la conversación; quedamos en encontrarnos en la plaza, para instalar el puesto y recoger las firmas. Tosió por un largo tiempo antes de despedirse; su voz era más ronca.

Aquí lo espero, sentado, jugando con un charquito sucio de lluvia. Creo que no vendrá. Han pasado cuarenta minutos. La tarde es más gris que antes. Las paredes de la gobernación aún conservan su estilo arcaico, pero están descoloridas y sucias. Las puertas y ventanas son pálidas, apenas se distinguen los colores; lo que antes fue un sólido color caoba es ahora un grisáceo frío, parecido a las cenizas del volcán. Por una de las ventanas, un hombre me observa con actitud solemne; está parado allí desde que llegué, no me ha quitado el ojo de encima. Es viejo y de traje negro. Me mira tímido e impaciente detrás de la cortina sucia de la ventana. El suelo es rocoso y agrietado; el polvo se escabulle por el aire y llega hasta las puertas blancuzcas de las casas. Las puertas siempre están cerradas; la de la iglesia, también.

Paulo no llega; me dijo que tenemos que recoger las firmas, que ya no hay tiempo, que ese pueblo era el último, que ya no había más.

—Es mejor empezar —me dije—. Saqué las listas y los lapiceros, las tablas y los pendones; instalé yo solo el puesto de recolección. Tardé mucho por el frío y por el polvo que arrastraba el viento; un rayo de sol me golpeaba en la cara y hacia más hostil el trabajo; los pulmones se llenaban de polvo. Es la ceniza que viene desde el volcán —pensé—. El viento era cada vez más helado.

Me senté en espera de que la gente firmara. Aún no recuerdo cuánto tiempo permanecí pensando en Lupita, esa mujer de piel canela y pelo azabache que conocí hace años, por allá en el norte, en un pueblo cafetero, lejos del municipio. Yo quería ese cuerpo esbelto y bien portado; sus caderas prominentes y su pecho abultado solo rivalizaban con sus ojos oscuros y profundos. Yo tenía veinte años cuando la conocí. Viví con ella, en un cuartico oscuro de piedra, justo al lado de los campos de café. Trabaja para don Cástulo Botina, un hombre fuerte y desalmado; es el patrón, dueño de los cultivos y del pueblo. Con Lupita pasé largos años. Todas las noches dormía a su lado, en esa cama de paja, abrazado a ella y a sus pechos firmes. Entonces, una noche llegó el patrón a nuestro cuarto, me sacó a rastras, golpeándome.



Figura 6. La espera.

Me dijo que andaba hablando con los otros obreros, los azuzaba, los invitaba a hacer mal; yo no peleé ni nada; me fui del pueblo y nunca más volví.

Aún recuerdo a Lupita, aquí, sentado en espera de que la gente aparezca, que firme, que apoye la causa. Paulo me dijo que era muy importante, que me afanara, que ya no había tiempo. Eso hago, espero a que la gente aparezca, que firme. El charquito de lluvia se secó; ahora es una amalgama grotesca, como la piel de los leprosos; es viscoso y sucio, como la gobernación, como la iglesia, como las casas.

—El pueblo está hecho con esta mezcla, —me dije; el pueblo es un charquito con el que alguien jugó. Paulo no vendrá. Estoy solo en este pueblo rocoso y silencioso, donde los sonidos se callaron hace tiempo.

Miré la ventana de la gobernación; allí estaba el hombre detrás de la cortina, que me miraba fijamente. Intenté llamarlo, pero un ave que bajó del cielo con un aleteo silencioso captó mi atención. Era un ave negra y pequeña, ansiosa; sus plumas tenían una singular forma ovalada. Se posó en las tejas de una casa y cayó repentinamente al suelo, inmóvil. Creo que no se oyó el impacto... El polvo la mató, —pensé—; también, a mí me matará.

Han pasado las horas y sigo esperando a que la gente aparezca, que firme; sé que es importante.

El ave ya no está; se volvió polvo, como el volcán.

El hombre ya no está en la ventana, pues hacía un tiempo se había marchado; eso me había tranquilizado, porque ya podía concentrarme en recoger las firmas, que son importantes; ya faltan pocas. El sol se ponía encima de mí con fuerza y el viento traía todo el polvo de las cumbres grisáceas del volcán. El pueblo se hacía más rocoso, las paredes se agrietaban más. Cuando se abrió la puerta de la gobernación, estaba contando las listas; pensé que no había traído suficientes; Paulo me regañaría.

De pronto, frente a mí estaba el hombre con su actitud solemne y su traje negro; no me dijo nada. Era un viejo canoso, de piel blanca y arrugada; sus ojos eran como el pueblo.

—Firme el referendo, es importante, —le dije. Él no me respondió. Pasaron las horas y él seguía frente a mí, en silencio.

—Firme el referendo, es importante. —No me respondió. Otra ave que bajaba del cielo se posó en una ventana y cayó; se volvió polvo al cabo de un tiempo.

—Nadie vendrá, —me dijo el anciano, mientras miraba el ave—; aquí, ya se fueron todos. Nadie más vendrá; váyase usted también, que tiene tiempo. —Luego, se dirigió a la puerta de la gobernación, entró, la cerró y subió a la ventana. Me miraba desde detrás de la cortina. Yo seguía esperando a la gente.

Después de un tiempo, llegó Paulo al pueblo; me preguntó cómo me había ido, que si había recogido las firmas, que era importante, que ya no había tiempo.

—No firmó nadie, —le dije—, hay mucho polvo y hace mucho frío. Ese señor, que nos mira desde la ventana, tampoco firmó. Vámonos, que en este pueblo se muere hasta la muerte.

BIBLIOGRAFÍA

BARTHES, Roland. *Introducción al análisis estructural de los relatos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1997.

CORTÁZAR, Julio. *Papeles inesperados*. 2ª ed. Madrid: Santillana, 2014.

ECO, Umberto. *Sobre Literatura*. Barcelona: Random House Mondadori, 2005.

MARTÍNEZ, José. *La intertextualidad literaria*. Madrid: Cátedra, 2001.

PACHECO, Carlos y BARRERA, Luis. *Del cuento y sus alrededores. Aproximaciones a una teoría del cuento*. Caracas: Monte Ávila, 1993.

Webgrafía

AGUIRRE, Joaquín. Por qué, cómo y para qué: una (breve, modesta y particular) Teoría General del Cuento. [*Espéculo* 25 (2003)]. Recuperado de: https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero25/t_cuento.html

ARBONA, Guadalupe. En torno a una teoría del relato: Flannery O'Connor y José Jiménez Lozano. [*Espéculo* 31 (2005)] en: http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero_31/teorelat.html

AVENTÍN FONTANA, Alejandra. El texto literario y la construcción de la competencia lilitaria en E/LE. Un enfoque interdisciplinario. [*Espéculo* 29 (2005)]. Recuperado de: <https://pendiente-demigracion.ucm.es/info/especulo/numero29/textele.html>

CHIMAL, Alberto. *Como empezar a escribir historias*. [México: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012]. Recuperado de: <http://www.literatura.bellasartes.gob.mx/tallerfugaz/pdf/EscribirHistoriasAC.pdf>

CORTÁZAR, Julio. Del cuento breve y sus alrededores. Recuperado de: <http://ciudadseva.com/texto/del-cuento-breve-y-sus-alrededores/>

JIMÉNEZ, José. El Narrador y sus Historias. Amigos de la residencia de estudiantes y fundación Jorgue Guillen. 2003

MORENO, Mónica y CARVAJAL, Edwin. La didáctica de la literatura en Colombia: un caleidoscopio en construcción. [*Pedagogía y saberes* 33 (2010):99-109]. Recuperado de: <http://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/PYS/article/viewFile/758/732>

ROSTOCK, Melanie. 6 claves según Chéjov para escribir una buena historia. Recuperado de: <http://uncaminodeletras.blogspot.com/2012/09/6-claves-segun-chejov-para-escribir-una.html>

RULFO, Juan. El desafío de la creación. Recuperado de: <http://ciudadseva.com/texto/el-desafio-de-la-creacion/>

SAAVEDRA, Sneider. La creación literaria en el ámbito educativo. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/leng/v39n2/v39n2a05.pdf>